2 Samuel

CAPÍTULO 1

1 Aconteció después de la muerte de Saúl, que cuando David regresó de la matanza de los amalecitas, estuvo David dos días en Siclag;
2 Y aconteció al tercer día, que he aquí un hombre que salía del campamento de Saúl, con sus vestidos rotos, y tierra sobre su cabeza; y cuando llegó a David, se postró en tierra, e hizo reverencia.
3 Y David le preguntó: «¿De dónde vienes?». Y él le respondió: «Me he escapado del campamento de Israel».
4 David le preguntó: «¿Cómo ha ido todo? Te ruego que me lo digas». Y él respondió: «El pueblo ha huido de la batalla, y muchos también han caído y muerto; y Saúl y su hijo Jonatán también han muerto».
5 Y David dijo a aquel joven que le daba las nuevas: ¿Cómo sabes que Saúl y Jonatán su hijo han muerto?
6 Y el joven que le dio las nuevas, dijo: Aconteció que estuve en el monte de Gilboa, y he aquí que Saúl estaba apoyado sobre su lanza, y que los carros y la gente de a caballo venían tras él.
7 Y cuando miró hacia atrás, me vio y me llamó. Y yo respondí: «Aquí estoy».
8 Y me dijo: «¿Quién eres?». Y le respondí: «Soy amalecita».
9 Y me dijo otra vez: Ponte ahora sobre mí, y mátame; porque me ha sobrevenido angustia, pues aún estoy con vida.
10 Yo, pues, me puse sobre él y lo maté, porque estaba seguro de que no podría vivir después de su caída; y tomé la corona que estaba en su cabeza, y el brazalete que estaba en su brazo, y los he traído aquí a mi señor.
11 Entonces David asió sus vestidos, y los rasgó; y también todos los hombres que con él estaban;
12 Y lamentaron y lloraron, y ayunaron hasta la tarde, por Saúl, y por Jonatán su hijo, y por el pueblo de Jehová, y por la casa de Israel, porque habían caído a espada.
13 Y David preguntó al joven que le había contado: «¿De dónde eres?». Y él respondió: «Soy hijo de un extranjero, un amalecita».
14 Y David le respondió: ¿Cómo no tuviste temor de extender tu mano para matar al ungido de Jehová?
15 Entonces David llamó a uno de los jóvenes y le dijo: «Acércate y mátalo». Y lo hirió, y murió.
16 Y David le respondió: Tu sangre sea sobre tu cabeza, porque tu boca atestiguó contra ti, diciendo: Yo maté al ungido de Jehová.
17 Y endechó David esta endecha sobre Saúl y sobre Jonatán su hijo:
18 (También les ordenó que enseñaran a los hijos de Judá el uso del arco; he aquí, está escrito en el libro de Jaser.)
19 ¡La hermosura de Israel fue muerta en tus lugares altos! ¡Cómo han caído los valientes!
20 No lo anunciéis en Gat, ni lo publicéis en las calles de Ascalón, para que no se alegren las hijas de los filisteos, ni triunfen las hijas de los incircuncisos.
21 ¡Montes de Gilboa! Ni rocío ni lluvia caiga sobre vosotros, ni seáis campos de ofrendas; porque allí fue desechado el escudo de los valientes, el escudo de Saúl, como si no hubiera sido ungido con aceite.
22 De la sangre de los muertos, de la grosura de los valientes, No volvió el arco de Jonatán, Ni la espada de Saúl volvió vacía.
23 Saúl y Jonatán fueron encantadores y amables en su vida, y en su muerte no fueron divididos; fueron más ligeros que águilas, más fuertes que leones.
24 Hijas de Israel, llorad a Saúl, que os vestía de grana y de otros deleites, y os ceñía con adornos de oro sobre vuestros vestidos.
25 ¡Cómo han caído los valientes en medio de la batalla! ¡Oh Jonatán, fuiste muerto en tus lugares altos!
26 Angustia tengo por ti, hermano mío Jonatán; me has sido muy dulce; maravilloso me fue tu amor, que el amor de las mujeres.
27 ¡Cómo han caído los valientes, y perecieron las armas de guerra!

CAPÍTULO 2

1 Después de esto, David consultó al Señor: «¿Debo subir a alguna de las ciudades de Judá?». El Señor le respondió: «Sube». David preguntó: «¿Adónde debo subir?». Y él respondió: «A Hebrón».
2 Subió, pues, David allá, y también sus dos mujeres, Ahinoam jezreelita, y Abigail mujer de Nabal, la de Carmel.
3 Y David hizo subir a los hombres que estaban con él, cada uno con su familia, y habitaron en las ciudades de Hebrón.
4 Y los hombres de Judá vinieron y ungieron allí a David como rey sobre la casa de Judá. Y le informaron a David, diciendo que los hombres de Jabes de Galaad fueron los que sepultaron a Saúl.
5 Y envió David mensajeros a los de Jabes de Galaad, y les dijo: Benditos seáis vosotros de Jehová, que habéis hecho esta misericordia con vuestro señor Saúl, al haberle dado sepultura.
6 Ahora, pues, Jehová haga con vosotros misericordia y verdad, y yo también os pagaré esta misericordia, por cuanto habéis hecho esto.
7 Ahora pues, esfuércense vuestras manos, y sed valientes, porque vuestro señor Saúl ha muerto, y también la casa de Judá me ha ungido por rey sobre ellos.
8 Pero Abner hijo de Ner, general del ejército de Saúl, tomó a Isboset hijo de Saúl, y lo hizo pasar a Mahanaim,
9 Y lo hizo rey sobre Galaad, sobre Asuri, sobre Jezreel, sobre Efraín, sobre Benjamín y sobre todo Israel.
10 Isboset, hijo de Saúl, tenía cuarenta años cuando comenzó a reinar sobre Israel, y reinó dos años. Pero la casa de Judá siguió a David.
11 Y el tiempo que David reinó en Hebrón sobre la casa de Judá fue siete años y seis meses.
12 Y Abner hijo de Ner, y los siervos de Isboset hijo de Saúl, salieron de Mahanaim a Gabaón.
13 Y salió Joab hijo de Sarvia, y los siervos de David, y se encontraron junto al estanque de Gabaón, y se sentaron el uno a un lado del estanque, y el otro al otro lado.
14 Abner dijo a Joab: «Que los jóvenes se levanten y jueguen delante de nosotros». Joab respondió: «Que se levanten».

15 Entonces se levantaron y pasaron en número doce de Benjamín, que eran de Isboset hijo de Saúl, y doce de los siervos de David.
16 Y cada uno agarró por la cabeza a su compañero, y metió su espada en el costado de su compañero, y cayeron juntos; por lo cual aquel lugar se llamó Helcat-hazurim, que está en Gabaón.
17 Y hubo una batalla muy reñida aquel día, y Abner fue vencido con los hombres de Israel delante de los siervos de David.
18 Y estaban allí tres hijos de Sarvia: Joab, Abisai y Asael; y Asael era ligero de pies como una corza salvaje.
19 Y Asael siguió a Abner, y en su andar no se apartó ni a la derecha ni a la izquierda de seguir a Abner.
20 Entonces Abner miró hacia atrás y dijo: ¿Eres tú Asael? Y él respondió: Yo soy.
21 Abner le dijo: «Vete a la derecha o a la izquierda, y agarra a uno de los jóvenes y quítate su armadura». Pero Asael no quiso dejar de seguirlo.
22 Y Abner volvió a decir a Asael: Apártate de en pos de mí; ¿por qué te he de herir en tierra? ¿Cómo, pues, he de alzar mi rostro hacia Joab tu hermano?
23 Pero él no se quiso desviar; por lo cual Abner lo hirió con el reverso de la lanza debajo de la quinta costilla, y la lanza le salió por la espalda, y cayó allí, y murió en el mismo lugar. Y aconteció que todos los que llegaron al lugar donde Asael cayó y murió, se detuvieron.
24 Joab y Abisai siguieron también a Abner; y el sol se ponía cuando llegaron al collado de Amma, que está delante de Gía, camino del desierto de Gabaón.
25 Y los hijos de Benjamín se juntaron en pos de Abner, y fueron un solo ejército, y estuvieron sobre la cumbre del monte.
26 Entonces Abner llamó a Joab y le dijo: «¿Devorará la espada para siempre? ¿No sabes que el fin será amargo? ¿Hasta cuándo no ordenarás al pueblo que vuelva de seguir a sus hermanos?»
27 Y Joab dijo: Vive Dios, que si tú no hubieras hablado, esta mañana el pueblo ya se habría retirado cada uno de en pos de su hermano.
28 Entonces Joab tocó la trompeta, y todo el pueblo se detuvo, y no persiguió más a Israel, ni peleó más.
29 Y Abner y sus hombres caminaron toda aquella noche por el valle, y pasaron el Jordán, y recorrieron todo Bitrón, y llegaron a Mahanaim.
30 Y volvió Joab de seguir a Abner, y reunió a todo el pueblo, y faltaron de los siervos de David diecinueve hombres, y Asael.
31 Pero los siervos de David hirieron a los de Benjamín y a los de Abner, y murieron trescientos sesenta hombres.
32 Y tomaron a Asael y lo sepultaron en el sepulcro de su padre, que estaba en Belén. Joab y sus hombres caminaron toda la noche y llegaron a Hebrón al amanecer.

CAPÍTULO 3

1 Hubo entonces una larga guerra entre la casa de Saúl y la casa de David; pero David se hacía cada vez más fuerte, y la casa de Saúl se debilitaba cada vez más.
2 Y a David le nacieron hijos en Hebrón: su primogénito fue Amnón, de Ahinoam jezreelita;
3 El segundo, Quileab, de Abigail mujer de Nabal el de Carmel; y el tercero, Absalón hijo de Maaca, hija de Talmai rey de Gesur;
4El cuarto, Adonías hijo de Haguit; y el quinto, Sefatías hijo de Abital;
5 Y el sexto, Itream, de Egla, esposa de David. Estos le nacieron a David en Hebrón.
6 Y aconteció que mientras había guerra entre la casa de Saúl y la casa de David, Abner se hizo fuerte por la casa de Saúl.
7 Y Saúl tenía una concubina que se llamaba Rizpa, hija de Aja; y dijo Isboset a Abner: ¿Por qué te has llegado a la concubina de mi padre?
8 Entonces Abner se enojó mucho por las palabras de Isboset, y dijo: ¿Soy yo cabeza de perro, que hago hoy misericordia contra Judá con la casa de Saúl tu padre, con sus hermanos y con sus amigos, y no te he entregado en mano de David, para que me acuses hoy de falta contra esta mujer?
9 Así haga Dios a Abner, y aun le añada; mas como lo juró Jehová a David, así haré yo con él;
10 para trasladar el reino de la casa de Saúl, y para afirmar el trono de David sobre Israel y sobre Judá, desde Dan hasta Beerseba.
11 Y no pudo responder más a Abner palabra, porque le tenía miedo.
12 Y Abner envió mensajeros a David de su parte, diciendo: ¿De quién es la tierra? Y diciendo también: Haz alianza conmigo, y he aquí mi mano estará contigo para traer a ti a todo Israel.
13 Y él dijo: Bien, haré pacto contigo; pero una cosa te pido: que no veas mi rostro, sin que cuando vengas a verme, primero traigas a Mical la hija de Saúl.
14 Y envió David mensajeros a Is-boset hijo de Saúl, diciendo: Restitúyeme mi mujer Mical, la cual desposé conmigo por cien prepucios de filisteos.
15 Entonces Isboset envió y la tomó de su marido, de Faltiel hijo de Lais.
16 Y su esposo la acompañó llorando hasta Bahurim. Entonces Abner le dijo: «Ve, regresa». Y él regresó.
17 Y Abner habló con los ancianos de Israel, diciendo: Vosotros buscasteis antiguamente a David para que fuese rey sobre vosotros;
18 Ahora pues, hacedlo; porque Jehová ha hablado a David, diciendo: Por la mano de mi siervo David salvaré a mi pueblo Israel de mano de los filisteos, y de mano de todos sus enemigos.
19 Y habló también Abner a oídos de Benjamín, y fue también Abner a Hebrón para hablar a oídos de David, todo lo que había parecido bien a Israel, y todo lo que había parecido bien a toda la casa de Benjamín.
20 Entonces Abner vino a David en Hebrón, y veinte hombres con él. Y David les ofreció un banquete a Abner y a los hombres que estaban con él.
21 Abner le dijo a David: «Me levantaré e iré, y reuniré a todo Israel ante mi señor el rey, para que hagan un pacto contigo y reines según tus deseos». David despidió a Abner, quien se fue en paz.
22 Y he aquí que los siervos de David y de Joab venían de perseguir la tropa, y traían consigo un gran botín; pero Abner no estaba con David en Hebrón, porque le había despedido, y él se había ido en paz.

23 Y vino Joab y todo el ejército que con él estaba, y le hicieron saber a Joab, diciendo: Abner hijo de Ner vino al rey, y él lo despidió, y se fue en paz.
24 Entonces Joab vino al rey, y le dijo: ¿Qué has hecho? He aquí que Abner vino a ti; ¿por qué lo enviaste, y ya no está?
25 Tú sabes que Abner hijo de Ner vino para engañarte, y para saber tu salida y tu entrada, y para saber todo lo que haces.
26 Y cuando Joab salió de con David, envió mensajeros tras Abner, los cuales le hicieron volver desde el pozo de Sira; pero David no lo supo.
27 Y cuando Abner regresó a Hebrón, Joab lo tomó aparte en la puerta para hablar con él secretamente, y lo hirió allí debajo de la quinta costilla, y murió por la sangre de Asael su hermano.
28 Después que David lo oyó, dijo: Yo y mi reino somos inocentes ante Jehová para siempre, de la sangre de Abner hijo de Ner.
29 Caiga sobre la cabeza de Joab, y sobre toda la casa de su padre; y no falte de la casa de Joab quien padezca flujo, ni leproso, ni quien se apoye en bastón, ni quien muera a espada, ni quien tenga falta de pan.
30 Joab y su hermano Abisai mataron a Abner, porque él había matado a Asael, su hermano, en la batalla de Gabaón.
31 Entonces David dijo a Joab y a todo el pueblo que estaba con él: «Rasgad vuestras vestiduras, ceñíos de cilicio y haced duelo delante de Abner». Y el rey David mismo seguía el féretro.
32 Y sepultaron a Abner en Hebrón; y alzó el rey su voz y lloró junto al sepulcro de Abner; y también lloró todo el pueblo.
33 Y el rey endechó a Abner, y dijo: ¿Murió Abner como muere un necio?
34 Tus manos no estaban atadas, ni tus pies encadenados; como un hombre que cae ante los malvados, así caíste. Y todo el pueblo volvió a llorar por él.
35 Y cuando todo el pueblo vino para dar a David de comer, siendo aún de día, David juró, diciendo: Así me haga Dios, y aun me añada, si antes que se ponga el sol gustare pan o cualquier otra cosa.
36 Y todo el pueblo lo notó, y les agradó; porque todo lo que el rey hacía agradaba a todo el pueblo.
37 Porque todo el pueblo y todo Israel entendieron aquel día que no era cosa del rey matar a Abner hijo de Ner.
38 Y el rey dijo a sus siervos: ¿No sabéis que un príncipe y un gran hombre ha caído hoy en Israel?
39 Y yo soy hoy débil, aunque ungido rey, y estos hombres, los hijos de Sarvia, son duros para mí; Jehová pagará al que mal hace, conforme a su maldad.

CAPÍTULO 4

1 Y oyendo el hijo de Saúl que Abner había muerto en Hebrón, sus manos se debilitaron, y todo Israel se turbaron.
2 Y el hijo de Saúl tenía dos hombres que eran capitanes de bandas: el nombre del uno era Baana, y el nombre del otro Recab, hijos de Rimón beerotita, de los hijos de Benjamín (porque también Beerot era contado entre los de Benjamín).
3 Y los beerotitas huyeron a Gitaim, y residieron allí hasta hoy.
4 Jonatán, hijo de Saúl, tenía un hijo cojo. Tenía cinco años cuando llegó la noticia de Saúl y Jonatán desde Jezreel, y su nodriza lo recogió y huyó. Y mientras ella se apresuraba a huir, él cayó y quedó cojo. Su nombre era Mefiboset.
5 Y los hijos de Rimón beerotita, Recab y Baana, fueron y llegaron al calor del día a casa de Isboset, el cual estaba acostado en una cama al mediodía.
6 Y ellos entraron en medio de la casa como si quisiesen traer trigo, y le hirieron en la quinta costilla; y escaparon Recab y Baana su hermano.
7 Porque cuando entraron en la casa, él estaba acostado en su cama en su dormitorio; y lo hirieron y lo mataron, y lo decapitaron, y tomando su cabeza, los hicieron andar por el campo toda la noche.
8 Y trajeron la cabeza de Is-boset a David en Hebrón, y dijeron al rey: He aquí la cabeza de Is-boset hijo de Saúl tu enemigo, que procuraba tu muerte; pues Jehová ha vengado hoy la muerte de mi señor el rey, de Saúl y de su descendencia.
9 Y David respondió a Recab y a Baana su hermano, hijos de Rimón beerotita, y les dijo: Vive Jehová, que ha redimido mi alma de toda angustia,
10 Y me dieron nuevas, diciendo: He aquí, Saúl ha muerto; pensando que traía buenas nuevas, yo le agarré y le maté en Siclag, pensando que le daría recompensa por las nuevas.
11 ¿Cuánto más, si hombres malvados han matado a un justo en su propia casa, y sobre su cama? ¿No he de demandar yo ahora su sangre de vuestras manos, y quitaros de la tierra?
12 David dio órdenes a sus jóvenes, quienes los mataron, les cortaron las manos y los pies y los colgaron sobre el estanque en Hebrón. Pero tomaron la cabeza de Isboset y la enterraron en el sepulcro de Abner en Hebrón.

CAPÍTULO 5

1 Entonces vinieron todas las tribus de Israel a David en Hebrón, y hablaron diciendo: He aquí, hueso tuyo y carne tuya somos.
2 También en el pasado, cuando Saúl reinaba sobre nosotros, tú eras el que sacabas y traías a Israel; y Jehová te había dicho: Tú apacentarás mi pueblo Israel, y tú serás príncipe sobre Israel.
3 Vinieron, pues, todos los ancianos de Israel al rey en Hebrón, y el rey David hizo alianza con ellos en Hebrón delante de Jehová, y ungieron a David por rey sobre Israel.
4 David tenía treinta años cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años.
5 En Hebrón reinó sobre Judá siete años y seis meses, y en Jerusalén reinó treinta y tres años sobre todo Israel y Judá.
6 Y el rey y sus hombres vinieron a Jerusalén, a los jebuseos moradores de aquella tierra, los cuales hablaron a David, diciendo: Si no llevases los ciegos y los cojos, no entrarás aquí; pensando: David no puede entrar aquí.
7 Pero David tomó la fortaleza de Sión, La cual es la ciudad de David.
8 Y David dijo aquel día: «Cualquiera que llegue al arroyo y hiera a los jebuseos, a los cojos y a los ciegos, a quienes David odia, será jefe y capitán». Por eso dijeron: «Los ciegos y los cojos no entrarán en la casa».
9 David habitó en la fortaleza, y la llamó la Ciudad de David. Y edificó alrededor, desde Millo hacia el interior.

10 Y David iba adelante y crecía, y Jehová Dios de los ejércitos estaba con él.
11 Y Hiram rey de Tiro envió mensajeros a David, y madera de cedro, carpinteros y albañiles, los cuales edificaron una casa a David.
12 Y entendió David que Jehová le había confirmado por rey sobre Israel, y que había enaltecido su reino por amor de su pueblo Israel.
13 Y David tomó para sí más concubinas y mujeres de Jerusalén, después que vino de Hebrón; y aun le nacieron hijos e hijas.
14 Y estos son los nombres de los que le nacieron en Jerusalén: Samúa, Sobab, Natán, Salomón,
15 También Ibhar, y Elisúa, y Nefeg, y Jafía,
16Y Elisama, Eliada y Elifelet.
17 Pero cuando los filisteos oyeron que habían ungido a David por rey sobre Israel, todos los filisteos subieron a buscar a David; y cuando David lo oyó, descendió a la fortaleza.
18 Vinieron también los filisteos y se extendieron en el valle de Refaim.
19 David consultó al Señor, diciendo: «¿Subo a los filisteos? ¿Los entregarás en mis manos?». Y el Señor le respondió: «Sube, porque sin duda entregaré a los filisteos en tus manos».
20 David llegó a Baal-perazim, y allí los derrotó, y dijo: «El Señor ha irrumpido contra mis enemigos delante de mí como una brecha de aguas». Por eso llamó a aquel lugar Baal-perazim.
21 Y dejaron allí sus imágenes, y David y sus hombres las quemaron.
22 Y los filisteos volvieron a subir, y se extendieron en el valle de Refaim.
23 Y David consultó a Jehová, y él le dijo: No subas, sino rodéalos por detrás, y llévalos hasta donde están los sicómoros.
24 Y cuando oigas ruido de pasos en las copas de los sicómoros, te moverás entonces, porque entonces saldrá Jehová delante de ti para herir el campamento de los filisteos.
25 Y David hizo así, como Jehová le mandó, e hirió a los filisteos desde Geba hasta llegar a Gezer.

CAPÍTULO 6

1 David volvió a reunir a todos los hombres escogidos de Israel, treinta mil.
2 Y se levantó David, y fue con todo el pueblo que con él estaba, de Baal de Judá, para traer de allí el arca de Dios, sobre la cual era invocado el nombre de Jehová de los ejércitos, el cual mora entre los querubines.
3 Y pusieron el arca de Dios sobre un carro nuevo, y la llevaron de la casa de Abinadab que estaba en Gabaa; y Uza y Ahío, hijos de Abinadab, guiaban el carro nuevo.
4 Y lo sacaron de la casa de Abinadab, que estaba en Gabaa, junto al arca de Dios; y Ahío iba delante del arca.
5 Y David y toda la casa de Israel tocaban delante de Jehová con toda clase de instrumentos de madera de ciprés, con arpas, salterios, panderos, cornetas y címbalos.
6 Y cuando llegaron a la era de Nacón, extendió Uza su mano al arca de Dios, y la sostuvo; porque los bueyes la sacudían.
7 Y el furor de Jehová se encendió contra Uza, y lo hirió allí Dios por aquella temeridad, y murió allí junto al arca de Dios.
8 Y David se disgustó, porque Jehová había hecho quebrantamiento en Uza; por eso llamó el nombre de aquel lugar Perezuza hasta hoy.
9 Y David tuvo temor de Jehová aquel día, y dijo: ¿Cómo ha de venir a mí el arca de Jehová?
10 Así que David no quiso trasladar el arca de Jehová a la ciudad de David, sino que la hizo llevar a casa de Obed-edom geteo.
11 Y el arca de Jehová estuvo en casa de Obed-edom geteo tres meses; y bendijo Jehová a Obed-edom y a toda su casa.
12 Y se le dijo al rey David: «El Señor ha bendecido la casa de Obed-edom y todo lo que le pertenece, a causa del arca de Dios». Así que David fue y trajo el arca de Dios de la casa de Obed-edom a la ciudad de David con alegría.
13 Y cuando los que llevaban el arca de Jehová habían andado seis pasos, él sacrificó bueyes y animales engordados.
14 Y David danzó delante de Jehová con toda su fuerza, y estaba ceñido con un efod de lino.
15 Entonces David y toda la casa de Israel llevaban el arca de Jehová con júbilo y sonido de trompeta.
16 Y cuando el arca de Jehová llegó a la ciudad de David, Mical hija de Saúl miró desde una ventana, y vio al rey David que saltaba y danzaba delante de Jehová; y le menospreció en su corazón.
17 Y metieron el arca de Jehová, y la pusieron en su lugar, en medio del tabernáculo que David había levantado para ella; y ofreció David holocaustos y ofrendas de paz delante de Jehová.
18 Y cuando David acabó de ofrecer los holocaustos y los sacrificios de paz, bendijo al pueblo en el nombre de Jehová de los ejércitos.
19 Y repartió a todo el pueblo, a toda la multitud de Israel, tanto a las mujeres como a los hombres, a cada uno una torta de pan, un buen trozo de carne y una botella de vino. Así que todo el pueblo se fue, cada uno a su casa.
20 Entonces David regresó para bendecir su casa. Y Mical, hija de Saúl, salió a recibir a David y le dijo: «¡Qué glorioso fue hoy el rey de Israel, que se descubrió hoy a los ojos de las criadas de sus siervos, como un vanidoso se descubre descaradamente!».
21 Y David respondió a Mical: Fue delante de Jehová, quien me eligió en lugar de tu padre, y de toda su casa, para constituirme por príncipe sobre el pueblo de Jehová, sobre Israel; por tanto, yo actuaré delante de Jehová.
22 Y aun seré más vil que esto, y seré bajo en mis propios ojos; y de las siervas de que has hablado, seré honrado por ellas.
23 Y Mical, hija de Saúl, no tuvo hijos hasta el día de su muerte.

CAPÍTULO 7

1 Y aconteció que estando el rey ya sentado en su casa, después que Jehová le hubo dado descanso de todos sus enemigos de alrededor,
2 Entonces el rey dijo al profeta Natán: Mira, yo habito en casa de cedro, y el arca de Dios está entre cortinas.

3 Y Natán dijo al rey: Anda, y haz todo lo que está en tu corazón, porque Jehová está contigo.
4 Aconteció aquella misma noche que vino palabra de Jehová a Natán, diciendo:
5 Ve y di a mi siervo David: Así dice Jehová: ¿Tú me has de edificar casa en que yo more?
6 Y no he habitado en casa alguna desde el día que saqué a los hijos de Israel de Egipto hasta hoy, sino que he andado en tienda y en tabernáculo.
7 En todo lugar donde he andado con todos los hijos de Israel, ¿he hablado palabra a alguna de las tribus de Israel, a las cuales mandé que apacentasen mi pueblo Israel, diciendo: ¿Por qué no me edificáis una casa de cedro?
8 Ahora, pues, así dirás a mi siervo David: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas, para que fueses príncipe sobre mi pueblo, sobre Israel;
9 Y yo he estado contigo en todo cuanto has andado, y he talado a todos tus enemigos de delante de ti, y te he dado nombre grande, como el nombre de los grandes que hay en la tierra.
10 Además, yo señalaré lugar para mi pueblo Israel, y lo plantaré para que habite en su propio lugar, y no sea más movido, ni los hijos de maldad lo oprimirán más como antes,
11 Y desde el día en que mandé jueces sobre mi pueblo Israel, y te di descanso de todos tus enemigos. También el SEÑOR te dice que te dará una casa.
12 Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu descendencia, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino.
13 Él edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré el trono de su reino para siempre.
14 Yo seré su padre, y él será mi hijo. Si comete iniquidad, lo castigaré con vara de hombres y con azotes de hijos de hombres.
15 Pero no se apartará de él mi misericordia, como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de ti.
16 Y tu casa y tu reino serán firmes eternamente delante de ti, y tu trono será firme eternamente.
17 Conforme a todas estas palabras, y conforme a toda esta visión, así habló Natán a David.
18 Entonces entró el rey David y se sentó delante de Jehová, y dijo: Señor Jehová, ¿quién soy yo, y qué es mi casa, para que me hayas traído hasta aquí?
19 Y esto era aún poco a tus ojos, oh Señor Dios; pero también has hablado de la casa de tu siervo para un futuro lejano. ¿Y es así como se comporta el hombre, oh Señor Dios?
20 ¿Y qué más puede decirte David? Porque tú, Señor Jehová, conoces a tu siervo.
21 Por amor de tu palabra y conforme a tu corazón has hecho todas estas grandes cosas, haciéndolas saber a tu siervo.
22 Por tanto, tú eres grande, oh Jehová Dios, Porque no hay como tú, Ni hay dioses fuera de ti, Conforme a todo lo que hemos oído con nuestros oídos.
23 ¿Y qué nación hay en la tierra como tu pueblo, como Israel, al cual vino Dios para redimirle un pueblo suyo, y para darle un nombre, y para hacer por ti cosas grandes y terribles para tu tierra, delante de tu pueblo que rescataste de Egipto, de las naciones y de sus dioses?
24 Porque tú has confirmado a tu pueblo Israel por pueblo tuyo para siempre, y tú, oh Jehová, has sido su Dios.
25 Ahora pues, oh Jehová Dios, la palabra que has hablado acerca de tu siervo y acerca de su casa, confirmala para siempre, y haz como has dicho.
26 Y sea engrandecido tu nombre para siempre, para que se diga: Jehová de los ejércitos es Dios sobre Israel; y sea firme la casa de tu siervo David delante de ti.
27 Porque tú, oh Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, revelaste a tu siervo, diciendo: Yo te edificaré casa; por tanto, tu siervo ha hallado en su corazón para hacerte esta oración.
28 Ahora pues, Señor Jehová, tú eres ese Dios, y tus palabras son verdad, y has prometido este bien a tu siervo:
29 Ahora pues, ten a bien bendecir la casa de tu siervo, para que permanezca perpetuamente delante de ti; porque tú, oh Señor Jehová, lo has dicho; y con tu bendición será bendita la casa de tu siervo para siempre.

CAPÍTULO 8

1 Después de esto aconteció que David hirió a los filisteos y los sometió, y tomó David a Metagamma de mano de los filisteos.
2 Hirió a Moab y los midió con un cordel, derribándolos a tierra; con dos cordeles los mató, y con un cordel entero los conservó con vida. Así, los moabitas se convirtieron en siervos de David y le trajeron ofrendas.
3 David también derrotó a Hadad-ezer hijo de Rehob, rey de Soba, cuando éste iba a recuperar su territorio junto al río Éufrates.
4 Y tomó David de él mil carros, y setecientos hombres de a caballo, y veinte mil hombres de a pie; y desjarretó David los caballos de todos los carros, pero reservó algunos para cien carros.
5 Y cuando los sirios de Damasco vinieron para socorrer a Hadad-ezer rey de Soba, David hirió de los sirios veintidós mil hombres.
6 Entonces David puso guarniciones en Siria de Damasco, y los sirios se convirtieron en siervos de David y le trajeron obsequios. Y el Señor protegió a David dondequiera que iba.
7 Y tomó David los escudos de oro que estaban sobre los siervos de Hadad-ezer, y los trajo a Jerusalén.
8 Y de Beta y de Berotai, ciudades de Hadad-ezer, tomó el rey David muchísimo bronce.
9 Cuando Toi, rey de Hamat, oyó que David había derrotado a todo el ejército de Hadad-ezer,
10 Entonces Toi envió a su hijo Joram al rey David para saludarlo y bendecirlo, por haber peleado contra Hadad-ezer y haberlo derrotado, pues Hadad-ezer tenía guerras con Toi. Joram trajo consigo objetos de plata, objetos de oro y objetos de bronce.
11 La cual también dedicó el rey David a Jehová, con la plata y el oro que había consagrado de todas las naciones que había sometido;
12 De Siria, de Moab, de los hijos de Amón, de los filisteos, de Amalec, y del despojo de Hadad-ezer hijo de Rehob, rey de Soba.
13 Y David ganó nombre cuando volvió de derrotar a los sirios en el valle de la Sal, con dieciocho mil hombres.

14 Puso guarniciones en Edom; por todo Edom puso guarniciones, y todos los edomitas se convirtieron en siervos de David. Y el Señor protegió a David dondequiera que iba.
15 Y reinó David sobre todo Israel, y hacía David juicio y justicia a todo su pueblo.
16 Y Joab hijo de Sarvia era sobre el ejército, y Josafat hijo de Ahilud era cronista;
17 Y Sadoc hijo de Ahitob, y Ahimelec hijo de Abiatar, eran sacerdotes; y Seraías era el escriba;
18 Y Benaía hijo de Joiada estaba sobre los cereteos y sobre los peleteos; y los hijos de David eran jefes.

CAPÍTULO 9

1 Y David dijo: ¿Ha quedado aún alguno de la casa de Saúl, a quien yo pueda hacer misericordia por amor de Jonatán?
2 Y había un siervo de la casa de Saúl llamado Siba. Cuando lo llamaron ante David, el rey le preguntó: «¿Eres tú Siba?». Y él respondió: «Es tu siervo».
3 Y el rey dijo: «¿No queda aún nadie de la casa de Saúl a quien pueda mostrarle la bondad de Dios?». Y Siba respondió al rey: «Jonatán tiene todavía un hijo cojo.»
4 Y el rey le preguntó: «¿Dónde está?». Y Siba respondió al rey: «Está en casa de Maquir, hijo de Amiel, en Lodebar».
5 Entonces el rey David envió y lo trajo de casa de Maquir hijo de Amiel, de Lodebar.
6 Cuando Mefiboset, hijo de Jonatán, hijo de Saúl, llegó a David, se postró rostro en tierra e hizo reverencia. Y David dijo: «Mefiboset». Y él respondió: «¡He aquí a tu siervo!».
7 Y David le respondió: No temas, porque yo a la verdad haré contigo misericordia por amor de Jonatán tu padre, y te devolveré todas las tierras de Saúl tu padre, y comerás siempre a mi mesa.
8 Y él se inclinó, y dijo: ¿Quién es tu siervo, para que mires a un perro muerto como yo?
9 Entonces el rey llamó a Siba, siervo de Saúl, y le dijo: Yo he dado al hijo de tu señor todo lo que fue de Saúl y de toda su casa.
10 Tú, pues, con tus hijos y tus siervos, cultivarás la tierra para él, y recogerás los frutos para que el hijo de tu amo tenga qué comer; pero Mefiboset, el hijo de tu amo, comerá siempre a mi mesa. Siba tenía quince hijos y veinte siervos.
11 Entonces Siba dijo al rey: «Conforme a todo lo que mi señor el rey ha ordenado a su siervo, así lo hará tu siervo. En cuanto a Mefiboset —dijo el rey—, comerá a mi mesa como uno de los hijos del rey».
12 Mefiboset tenía un hijo pequeño llamado Micaía. Todos los que vivían en la casa de Siba eran siervos de Mefiboset.
13 Y habitó Mefiboset en Jerusalén, porque comía siempre a la mesa del rey, y era cojo de ambos pies.

CAPÍTULO 10

1 Aconteció después de esto, que murió el rey de los hijos de Amón, y reinó en su lugar Hanún su hijo.
2 Entonces David dijo: «Tendré misericordia con Hanún, hijo de Nahás, tal como su padre me la tuvo a mí». Y David envió a sus siervos a consolarlo por su padre. Y los siervos de David llegaron a la tierra de los amonitas.
3 Y los príncipes de los hijos de Amón dijeron a Hanún su señor: ¿Crees que David honra a tu padre enviándote consoladores? ¿No te ha enviado David más bien a sus siervos para reconocer la ciudad, para espiarla y para destruirla?
4 Entonces Hanún tomó los siervos de David, y les rapó la mitad de la barba, y les cortó los vestidos por la mitad hasta las nalgas, y los despidió.
5 Y cuando se lo hicieron saber a David, él envió a encontrarlos, porque aquellos hombres estaban muy avergonzados; y el rey dijo: Quedaos en Jericó hasta que os crezca la barba, y entonces volved.
6 Y viendo los hijos de Amón que se humillaban ante David, los hijos de Amón enviaron y tomaron a sueldo a los sirios de Bet-reob y a los sirios de Soba, veinte mil hombres de a pie, y del rey de Maaca mil hombres, y de Istob doce mil hombres.
7 Y cuando David lo oyó, envió a Joab con todo el ejército de los valientes.
8 Y salieron los hijos de Amón, y se pusieron en orden de batalla a la entrada de la puerta; y los sirios de Soba, de Rehob, de Istob y de Maaca, estaban aparte en el campo.
9 Y viendo Joab que el frente de batalla estaba contra él por delante y por detrás, escogió de todos los hombres escogidos de Israel, y los puso en orden de batalla contra los sirios;
10 Y entregó el resto del pueblo en mano de Abisai su hermano, para que los pusiera en orden de batalla contra los hijos de Amón.
11 Y él respondió: Si los sirios fueren más fuertes que yo, tú me ayudarás; y si los hijos de Amón fueren más fuertes que tú, yo vendré y te ayudaré.
12 Esforcémonos, y actuemos con determinación por nuestro pueblo, y por las ciudades de nuestro Dios; y haga Jehová lo que bien le pareciere.
13 Y se acercó Joab, y el pueblo que con él estaba, a la batalla contra los sirios, los cuales huyeron delante de él.
14 Cuando los amonitas vieron que los sirios habían huido, ellos también huyeron delante de Abisai y entraron en la ciudad. Joab, pues, se separó de los amonitas y llegó a Jerusalén.
15 Y cuando los sirios vieron que habían sido derrotados delante de Israel, se juntaron.
16 Y Hadad-ezer envió e hizo salir a los sirios que estaban al otro lado del río, los cuales llegaron a Helam; y Sobac general del ejército de Hadad-ezer iba delante de ellos.
17 Cuando se lo comunicaron a David, reunió a todo Israel, cruzó el Jordán y llegó a Helam. Los sirios se pusieron en orden de batalla contra David y pelearon contra él.
18 Y los sirios huyeron delante de Israel, y David hirió a los hombres de setecientos carros de los sirios, y a cuarenta mil hombres de a caballo, e hirió a Sobac general del ejército de ellos, el cual murió allí.
19 Y cuando todos los reyes que servían a Hadad-ezer vieron que habían sido derrotados ante Israel, hicieron la paz con Israel y le sirvieron. Por eso los sirios temieron seguir ayudando a los hijos de Amón.

CAPÍTULO 11

1 Y aconteció que, transcurrido el año, en la época en que los reyes salen a la guerra, David envió a Joab, a sus

siervos con él y a todo Israel; y destruyeron a los hijos de Amón y sitiaron Rabá. Pero David permaneció en Jerusalén.
2 Y aconteció que al atardecer se levantó David de su cama, y se paseaba sobre el terrado de la casa real; y desde el terrado vio a una mujer que se estaba lavando, y la mujer era de muy hermoso aspecto.
3 David mandó preguntar por la mujer. Y uno dijo: «¿No es ésta Betsabé, hija de Eliam, esposa de Urías el hitita?».
4 Y David envió mensajeros, y la tomó; y ella vino a él, y él durmió con ella, y ella fue purificada de su inmundicia; y volvió a su casa.
5 Y la mujer concibió, y envió y lo hizo saber a David, diciendo: Estoy encinta.
6 Y David envió a decir a Joab: «Envíame a Urías el hitita». Y Joab envió a Urías a David.
7 Y cuando Urías vino a él, David le preguntó cómo estaba Joab, y cómo estaba el pueblo, y cómo iba la guerra.
8 Y David le dijo a Urías: «Baja a tu casa y lávate los pies». Y Urías salió de la casa del rey, y le siguió un plato de comida de parte del rey.
9 Pero Urías durmió a la puerta de la casa del rey con todos los siervos de su señor, y no descendió a su casa.
10 Y cuando le dieron aviso a David, diciendo: Urías no había descendido a su casa. David respondió a Urías: ¿No has vuelto de tu camino? ¿Por qué, pues, no has descendido a tu casa?
11 Y Urías respondió a David: El arca, Israel y Judá están bajo tiendas, y mi señor Joab y los siervos de mi señor están acampados sobre la faz del campo; ¿he de entrar yo en mi casa para comer y beber, y dormir con mi mujer? Vive tú, y vive tu alma, que no haré tal cosa.
12 Y David le dijo a Urías: «Quédate aquí hoy también, y mañana te despediré». Urías se quedó en Jerusalén aquel día y el siguiente.
13 Y cuando David le llamó, comió y bebió delante de él, y le hizo beber; y a la tarde salió a dormir en su cama con los siervos de su señor, pero no descendió a su casa.
14 Aconteció que por la mañana escribió David una carta a Joab, y la envió por mano de Urías.
15 Y escribió en la carta, diciendo: Poned a Urías al frente de lo más recio de la batalla, y apartaos de él, para que sea herido y muera.
16 Y aconteció que cuando Joab observó la ciudad, asignó a Urías a un lugar donde sabía que había hombres valientes.
17 Y los de la ciudad salieron y pelearon contra Joab; y cayó del pueblo de los siervos de David, y murió también Urías heteo.
18 Entonces Joab envió a contarle a David todos los asuntos de la guerra;
19 Y mandó al mensajero, diciendo: Cuando acabes de contar al rey los asuntos de la guerra,
20 Y si acontece que la ira del rey se levanta y te dice: ¿Por qué os acercasteis tanto a la ciudad cuando peleáis? ¿No sabíais que tirarían desde la muralla?
21 ¿Quién hirió a Abimelec, hijo de Jerubbeset? ¿No le arrojó una mujer una piedra de molino desde el muro, y murió en Tebes? ¿Por qué os acercasteis al muro? Entonces di: «Tu siervo Urías el hitita también ha muerto».
22 Entonces el mensajero fue, y vino, y contó a David todas las cosas a que Joab le había enviado.
23 Y el mensajero dijo a David: Ciertamente aquellos hombres pudieron más que nosotros, y salieron a nosotros al campo, y los sobrepujamos hasta la entrada de la puerta.
24 Y los tiradores tiraron desde el muro contra tus siervos, y algunos de los siervos del rey murieron, y también murió tu siervo Urías heteo.
25 Entonces David dijo al mensajero: Así dirás a Joab: No te desagrade esto, porque así a uno como a otro la espada devora; refuerza tu batalla contra la ciudad, y derríbala, y anímalo.
26 Y cuando la mujer de Urías oyó que su marido Urías había muerto, hizo duelo por su marido.
27 Pasado el luto, David mandó traerla a su casa, y ella se casó con él y le dio un hijo. Pero lo que David había hecho desagradó al Señor.

CAPÍTULO 12

1 El Señor envió a Natán a David. Este, viniendo a él, le dijo: «Había dos hombres en una ciudad: uno rico y el otro pobre».
2 El hombre rico tenía muchísimas ovejas y vacas;
3 Pero el pobre no tenía nada, excepto una corderita que él había comprado y criado; la cual crecía junto con él y con sus hijos; comía de su propia comida, bebía de su copa, y dormía en su seno, y era para él como una hija.
4 Y vino un viajero a casa del hombre rico, y éste perdonó tomar de sus ovejas y de su vacada para prepararlas para el caminante que había venido a él; pero tomó la cordera del pobre, y la preparó para el hombre que había venido a él.
5 Y David se encendió en gran manera contra aquel hombre, y dijo a Natán: Vive Jehová, que el hombre que tal cosa hizo, de cierto morirá.
6 Y pagará el cordero con cuatro tantos, por cuanto hizo esto, y porque no tuvo misericordia.
7 Y Natán dijo a David: «Tú eres aquel hombre. Así dice el Señor, Dios de Israel: «Yo te ungí por rey sobre Israel y te libré de la mano de Saúl.
8 Y te di la casa de tu señor, y las mujeres de tu señor en tu seno, y te di la casa de Israel y de Judá; y si esto fuera poco, además te habría dado tales y tales cosas.
9 ¿Por qué has menospreciado el mandamiento del Señor, haciendo lo malo ante sus ojos? Has matado a espada a Urías el hitita, has tomado a su mujer por esposa y lo has matado con la espada de los amonitas.
10 Ahora, pues, nunca se apartará la espada de tu casa, por cuanto me despreciaste, y tomaste la mujer de Urías el heteo para que fuera tu mujer.
11 Así dice Jehová: He aquí que yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual dormirá con tus mujeres a la vista de este sol.
12 Porque lo hiciste en secreto; mas yo haré esto delante de todo Israel, y delante del sol.
13 David le dijo a Natán: «He pecado contra el Señor». Y Natán le respondió: «El Señor también ha perdonado tu pecado; no morirás».
14 Pero por cuanto con este hecho has dado gran ocasión a los enemigos de Jehová para blasfemar, también el niño que te ha nacido ciertamente morirá.

15 Natán regresó a su casa. Y el Señor hirió al niño que la esposa de Urías le había dado a David, y enfermó gravemente.
16 Entonces David oró a Dios por el niño; y ayunó, y entró, y pasó la noche acostado en tierra.
17 Y se levantaron los ancianos de su casa, y vinieron a él para hacerle levantar de la tierra; pero él no quiso, ni comió con ellos pan.
18 Y al séptimo día, el niño murió. Y los siervos de David temieron decirle que el niño había muerto, pues dijeron: «Mira, mientras el niño aún vivía, le hablamos, y no nos escuchó. ¿Cómo se enojará si le decimos que el niño ha muerto?».
19 Pero cuando David vio que sus siervos murmuraban, comprendió que el niño estaba muerto. Entonces preguntó a sus siervos: «¿Ha muerto el niño?». Y ellos respondieron: «Ha muerto».
20 Entonces David se levantó de la tierra, y se lavó y se ungió, y cambió sus vestidos, y vino a la casa de Jehová, y adoró; y vino a su casa, y pidió, y le pusieron pan delante, y comió.
21 Entonces sus siervos le dijeron: «¿Qué es esto que has hecho? Ayunabas y llorabas por el niño mientras vivía; pero cuando murió, te levantaste y comiste pan.
22 Y él respondió: Mientras el niño aún vivía, yo ayunaba y lloraba, porque decía: ¿Quién sabe si Dios tendrá piedad de mí, y vivirá el niño?
23 Pero ahora que ha muerto, ¿para qué debo ayunar? ¿Puedo hacerlo volver? Yo iré a él, pero él no volverá a mí.
24 Y David consoló a Betsabé su mujer, y se llegó a ella, y durmió con ella; y ella dio a luz un hijo, y llamó su nombre Salomón; al cual amó Jehová.
25 Y envió por mano de Natán profeta, y llamó su nombre Jedidías, por causa de Jehová.
26 Y Joab peleó contra Rabá de los hijos de Amón, y tomó la ciudad real.
27 Y Joab envió mensajeros a David, diciendo: Yo he peleado contra Rabá, y he tomado la ciudad de las Aguas.
28 Ahora, pues, reúne el resto del pueblo, y acampa contra la ciudad, y tómala, no sea que yo tome la ciudad, y sea invocada sobre ella mi nombre.
29 Y reunió David a todo el pueblo, y vino a Rabá, y peleó contra ella, y la tomó.
30 Y le quitó la corona real de la cabeza, cuyo peso era un talento de oro con piedras preciosas, y la puso sobre la cabeza de David. Y sacó el botín de la ciudad en gran abundancia.
31 Sacó al pueblo que estaba allí y los puso bajo sierras, rastras y hachas de hierro, y los hizo pasar por el horno de ladrillos. Así hizo con todas las ciudades de los hijos de Amón. David y todo el pueblo regresaron a Jerusalén.

CAPÍTULO 13

1 Aconteció después de esto, que Absalón hijo de David tenía una hermana hermosa que se llamaba Tamar, y Amnón hijo de David se enamoró de ella.
2 Y Amnón se enojó tanto que enfermó por su hermana Tamar, pues ella era virgen; y le parecía difícil hacerle algo.
3 Pero Amnón tenía un amigo que se llamaba Jonadab, hijo de Simea, hermano de David; y Jonadab era hombre muy astuto.
4 Y le dijo: «¿Por qué, siendo hijo del rey, estás flaco día tras día? ¿No me lo dirás?». Y Amnón le respondió: «Amo a Tamar, la hermana de mi hermano Absalón».
5 Y Jonadab le respondió: Acuéstate en tu cama, y finge estar enfermo; y cuando tu padre viniere a verte, dile: Te ruego que venga mi hermana Tamar y me dé de comer, y aderece delante de mí alguna comida, para que viendo yo la coma de su mano.
6 Y Amnón se acostó, y fingió estar enfermo; y cuando el rey vino a verlo, Amnón dijo al rey: Te ruego que venga Tamar mi hermana, y me haga dos tortas delante de mí, para que coma de su mano.
7 Entonces David envió a decir a Tamar a su casa: Ve ahora a casa de tu hermano Amnón, y prepárale comida.
8 Entonces Tamar fue a casa de su hermano Amnón, quien se acostó. Tomó harina, la amasó e hizo tortas delante de él, y las horneó.
9 Tomó una cacerola y se los sirvió, pero él se negó a comer. Entonces Amnón dijo: «¡Que salgan todos de aquí!». Y todos salieron de allí.
10 Amnón le dijo a Tamar: «Trae la comida a la alcoba para que yo pueda comer de tu mano». Entonces Tamar tomó los panes que había hecho y los llevó a la alcoba de su hermano Amnón.
11 Y cuando ella se los trajo para comer, él la tomó y le dijo: Ven, acuéstate conmigo, hermana mía.
12 Y ella le respondió: No, hermano mío, no me fuerces, porque tal cosa no se debe hacer en Israel; no hagas tú esta locura.
13 Y yo, ¿adónde iré a parar mi vergüenza? Y en cuanto a ti, serás como uno de los necios de Israel. Ahora pues, te ruego que hables al rey, pues él no me negará a ti.
14 Pero él no quiso escuchar su voz, sino que, siendo más fuerte que ella, la forzó y se acostó con ella.
15 Entonces Amnón la odió con terrible odio, tanto que el odio con que la odiaba era mayor que el amor con que la había amado. Y Amnón le dijo: «Levántate, vete».
16 Ella le respondió: «No hay motivo; este mal al enviarme es mayor que el otro que me hiciste». Pero él no la escuchó.
17 Entonces llamó a su criado que le servía, y le dijo: Echa fuera de aquí a esta mujer, y cierra la puerta tras ella.
18 Llevaba puesta una túnica de diversos colores, pues con esas mismas vestiduras se vestían las hijas vírgenes del rey. Entonces su criado la sacó y cerró la puerta tras ella.
19 Y Tamar puso ceniza sobre su cabeza, y rasgó su vestido de colores que tenía puesto, y poniendo sus manos sobre su cabeza, se puso a llorar.
20 Y su hermano Absalón le dijo: «¿Ha estado contigo tu hermano Amnón? Pero cállate, hermana mía; es tu hermano; no te preocupes por esto». Así que Tamar permaneció desolada en casa de su hermano Absalón.
21 Pero cuando el rey David oyó todas estas cosas, se enojó mucho.
22 Y Absalón no habló a su hermano Amnón, ni bien ni mal; porque Absalón aborrecía a Amnón, por cuanto había forzado a Tamar su hermana.
23 Aconteció que pasados dos años, Absalón tenía esquiladores en Baal-hazor, que está junto a Efraín; y convidó Absalón a todos los hijos del rey.
24 Entonces vino Absalón al rey, y dijo: He aquí ahora tu siervo tiene esquiladores; vaya ahora el rey y sus siervos con tu siervo.

25 Y el rey dijo a Absalón: «No, hijo mío, no nos dejes ir todos ahora, para que no seamos una carga para ti». Y lo insistió, pero él no quiso ir, sino que lo bendijo.
26 Entonces Absalón dijo: «Si no, te ruego que dejes que mi hermano Amnón vaya con nosotros». Y el rey le respondió: «¿Por qué ha de ir contigo?».
27 Pero Absalón le insistió para que dejase ir con él a Amnón y a todos los hijos del rey.
28 Y Absalón había ordenado a sus siervos, diciendo: Mirad cuando el corazón de Amnón esté alegre por el vino, y cuando yo os diga: Hiere a Amnón, y mátalo, no temáis; ¿no os lo he mandado yo? Esforzaos, y sed valientes.
29 Y los siervos de Absalón hicieron con Amnón como Absalón les había ordenado. Entonces todos los hijos del rey se levantaron, cada uno montó en su mula y huyó.
30 Y aconteció que estando ellos aún en el camino, llegó a David noticia que decía: Absalón ha matado a todos los hijos del rey, y no ha quedado ninguno de ellos.
31 Entonces el rey se levantó, y rasgó sus vestidos, y se tendió en tierra; y todos sus siervos estaban allí presentes, con sus vestidos rasgados.
32 Y Jonadab hijo de Simea hermano de David respondió y dijo: No piense mi señor que han muerto a todos los jóvenes hijos del rey, pues solo Amnón es muerto; pues por mandato de Absalón esto estaba determinado desde el día que forzó a Tamar su hermana.
33 Ahora, pues, no se preocupe mi señor el rey, pensando que son muertos todos los hijos del rey; pues solo Amnón ha muerto.
34 Pero Absalón huyó. Y el joven que estaba de guardia alzó la vista y miró, y he aquí que venía mucha gente por el camino de la ladera, detrás de él.
35 Y Jonadab respondió al rey: He aquí los hijos del rey vienen; es así como tu siervo dijo.
36 Y aconteció que luego que él acabó de hablar, he aquí los hijos del rey vinieron, y alzaron su voz y lloraron; y también el rey y todos sus siervos lloraron muy amargamente.
37 Pero Absalón huyó y se fue a Talmai, hijo de Amiud, rey de Gesur. Y David lloró a su hijo todos los días.
38 Huyó, pues, Absalón, y fue a Gesur, y estuvo allí tres años.
39 Y el alma del rey David anhelaba ir a Absalón, porque se consolaba de Amnón, que había muerto.

CAPÍTULO 14

1 Joab hijo de Sarvia comprendió que el corazón del rey estaba con Absalón.
2 Y Joab envió a Tecoa, y tomó de allí una mujer sabia, y le dijo: Te ruego que finjas estar de luto, y te vistas ahora de luto, y no te unjas con aceite, sino sé como una mujer que ha llorado mucho tiempo a un muerto.
3 Y ven al rey y háblale de esta manera. Joab puso las palabras en su boca.
4 Y cuando la mujer de Tecoa habló al rey, se postró sobre su rostro en tierra, e hizo reverencia, y dijo: ¡Salva, oh rey!
5 Y el rey le preguntó: «¿Qué te pasa?». Ella respondió: «En realidad soy viuda, y mi marido ha muerto».
6 Y tu sierva tenía dos hijos, y dos riñeron en el campo, y no hubo quien los separase, sino que el uno hirió al otro, y lo mató.
7 Y he aquí que toda la familia se ha levantado contra tu sierva, y han dicho: Entrega al que hirió a su hermano, para que le matemos por la vida de su hermano a quien él mató, y también destruiremos al heredero; y así apagarán mi carbón que me queda, y no dejarán a mi marido nombre ni remanente sobre la tierra.
8 Y el rey dijo a la mujer: Ve a tu casa, y yo mandaré acerca de ti.
9 Y la mujer de Tecoa respondió al rey: Rey señor mío, la iniquidad sea sobre mí, y sobre la casa de mi padre; pero el rey y su trono sean sin culpa.
10 Y el rey dijo: Cualquiera que te dijere algo, tráelo a mí, y no te tocará más.
11 Entonces ella dijo: «Te ruego que el rey se acuerde del Señor tu Dios, para que no permitas que los vengadores de la sangre sigan destruyendo, no sea que destruyan a mi hijo». Y él dijo: «Vive el Señor, que ni un solo cabello de tu hijo caerá a tierra».
12 Entonces la mujer dijo: «Te ruego que permitas que tu sierva diga una palabra a mi señor el rey». Y él respondió: «Habla».
13 Y la mujer dijo: ¿Por qué, pues, has pensado tal cosa contra el pueblo de Dios? Porque el rey dice esto como algo falso, pues no hace volver a casa a sus desterrados.
14 Porque es menester que muramos, y somos como aguas derramadas en tierra, que no se pueden volver a recoger; y Dios no hace acepción de personas, y sin embargo idea medios para que sus desterrados no sean expulsados de él.
15 Ahora, pues, si he venido a decir esto a mi señor el rey, es porque el pueblo me ha causado temor, y tu sierva dijo: Hablaré ahora al rey; quizá el rey concederá la petición de su sierva.
16 Porque el rey oirá, para librar a su sierva de mano del hombre que quiere destruirme a mí y a mi hijo juntos, de la herencia de Dios.
17 Entonces tu sierva dijo: La palabra de mi señor el rey será ahora de consuelo, porque mi señor el rey es como un ángel de Dios para discernir lo bueno y lo malo; por tanto, Jehová tu Dios estará contigo.
18 Entonces el rey respondió y dijo a la mujer: «Te ruego que no me ocultes lo que voy a preguntarte». Y la mujer respondió: «Hable ahora mi señor el rey».
19 Y el rey dijo: «¿No está la mano de Joab contigo en todo esto?». Y la mujer respondió: «Vive tu alma, mi señor el rey, que nadie puede desviarse ni a la derecha ni a la izquierda de todo lo que mi señor el rey ha dicho; porque tu siervo Joab me lo ordenó y puso todas estas palabras en boca de tu sierva.»
20 Para hacer venir esta clase de palabras tu siervo Joab hizo esto; y mi señor es sabio, conforme a la sabiduría de un ángel de Dios, para saber todas las cosas que hay en la tierra.
21 Y el rey dijo a Joab: He aquí, yo he hecho esto; ve, pues, y haz volver al joven Absalón.
22 Entonces Joab se postró rostro en tierra, e hizo reverencia, y dio gracias al rey, y dijo: Hoy sabe tu siervo que he hallado gracia en tus ojos, oh rey señor mío, pues el rey ha concedido la petición de su siervo.
23 Entonces Joab se levantó y fue a Gesur, y trajo a Absalón a Jerusalén.

24 Y el rey dijo: «Que se vuelva a su casa y no vea mi rostro». Así que Absalón regresó a su casa y no vio el rostro del rey.
25 Pero en todo Israel no había nadie tan alabado como Absalón en su hermosura; desde la planta de su pie hasta la coronilla de su cabeza no había en él defecto.
26 Y cuando se rapó la cabeza (porque cada año se rapaba, y como el cabello le pesaba mucho, se lo rapaba), pesó el cabello de su cabeza en doscientos siclos, según el peso del rey.
27 Y a Absalón le nacieron tres hijos y una hija, que se llamaba Tamar, la cual era mujer de hermoso aspecto.
28 Así permaneció Absalón dos años enteros en Jerusalén, y no vio el rostro del rey.
29 Entonces Absalón envió a llamar a Joab, para enviarlo al rey; pero él no quiso venir; y cuando volvió a enviarlo la segunda vez, tampoco quiso venir.
30 Entonces dijo a sus siervos: «Miren, el campo de Joab está cerca del mío, y allí tiene cebada; vayan y préndanle fuego». Y los siervos de Absalón prendieron fuego al campo.
31 Entonces Joab se levantó, y vino a Absalón a su casa, y le dijo: ¿Por qué tus siervos incendiaron mi campo?
32 Y Absalón respondió a Joab: He aquí, yo te envié a decir: Ven acá, para enviarte al rey, a decirle: ¿Para qué he venido de Gesur? Bueno me hubiera sido estar allá todavía; ahora, pues, quiero ver el rostro del rey; y si hay en mí alguna iniquidad, que me mate.
33 Vino, pues, Joab al rey, y le hizo saber; y él llamó a Absalón, el cual vino al rey, e inclinó su rostro a tierra delante del rey; y el rey besó a Absalón.

CAPÍTULO 15

1 Aconteció después de esto, que Absalón se hizo de carros y de gente de a caballo, y de cincuenta hombres que corriesen delante de él.
2 Absalón se levantó temprano y se paró junto al camino de la puerta. Y cuando alguien con alguna controversia acudía al rey para juicio, Absalón lo llamaba y le preguntaba: «¿De qué ciudad eres?». Y él respondió: «Tu siervo es de una de las tribus de Israel».
3 Y Absalón le respondió: Mira, tus asuntos son buenos y rectos, pero no hay hombre de parte del rey que te escuche.
4Añadió además Absalón: ¡Quién me diera que fuese puesto por juez en la tierra, y que viniese a mí todo hombre que tuviese pleito o negocio, y yo le haría justicia!
5 Y aconteció que cuando alguno se acercaba a él para inclinarse, él extendía la mano, y lo tomaba, y lo besaba.
6 De esta manera hacía Absalón con todo Israel que venía al rey a juicio; y robaba Absalón el corazón de los varones de Israel.
7 Aconteció que después de cuarenta años Absalón dijo al rey: Te ruego que me dejes ir a Hebrón a cumplir mi voto que he hecho a Jehová.
8 Porque tu siervo hizo voto, estando en Gesur de Siria, diciendo: Si Jehová me hace volver a Jerusalén, entonces serviré a Jehová.
9 Y el rey le dijo: Ve en paz. Y él se levantó y fue a Hebrón.
10 Pero Absalón envió espías por todas las tribus de Israel, diciendo: Tan pronto como oigáis el sonido de la trompeta, diréis: Absalón reina en Hebrón.
11 Y salieron con Absalón doscientos hombres de Jerusalén, convidados; los cuales iban en su sencillez, y no sabían nada.
12 Absalón mandó llamar a Ahitofel gilonita, consejero de David, desde su ciudad, desde Gilo, mientras este ofrecía sacrificios. La conspiración era fuerte, pues el pueblo seguía en aumento con Absalón.
13 Y vino un mensajero a David, diciendo: El corazón de los hombres de Israel está tras Absalón.
14 Y David dijo a todos sus siervos que estaban con él en Jerusalén: Levantaos, y huyamos, porque de otra manera no podremos escapar delante de Absalón; daos prisa a partir, no sea que él nos alcance de repente, y atraiga sobre nosotros el mal, y hiera la ciudad a filo de espada.
15 Y los siervos del rey respondieron al rey: He aquí, tus siervos están listos para hacer todo lo que mi señor el rey mandare.
16 Y el rey salió, y tras él toda su casa. Y dejó el rey diez mujeres concubinas para guardar la casa.
17 Y salió el rey, y todo el pueblo en pos de él, y se detuvieron en un lugar lejos.
18 Y todos sus siervos pasaron junto a él, y todos los cereteos, y todos los peleteos, y todos los geteos, seiscientos hombres que vinieron tras él desde Gat, pasaron delante del rey.
19 Entonces el rey dijo a Itai geteo: ¿Para qué vienes tú también con nosotros? Vuelve a tu lugar, y quédate con el rey, porque extranjero y desterrado eres.
20 Si llegaste ayer, ¿debería yo hoy hacerte viajar con nosotros? Ya que voy adonde pueda, regresa y recoge a tus hermanos. Que la misericordia y la verdad te acompañen.
21 E Itai respondió al rey, y dijo: Vive Jehová, y vive mi señor el rey, o para muerte o para vida, dondequiera que estuviere mi señor el rey, allí también estará tu siervo.
22 Entonces David dijo a Itai: «Ve y cruza». Y Itai geteo cruzó con todos sus hombres y todos los niños que estaban con él.
23 Y toda la tierra lloró a gran voz, y todo el pueblo pasó; y el rey también pasó el torrente de Cedrón, y todo el pueblo pasó hacia el camino del desierto.
24 Y he aquí también Sadoc, y todos los levitas con él, llevando el arca del pacto de Dios; y pusieron el arca de Dios; y Abiatar subió hasta que todo el pueblo acabó de salir de la ciudad.
25 Entonces el rey dijo a Sadoc: Vuelve el arca de Dios a la ciudad; si hallo gracia en los ojos de Jehová, él me hará volver, y me mostrará el arca y su morada.
26 Pero si él dijere así: No tengo complacencia en ti; heme aquí; haga de mí lo que bien le parezca.
27 Dijo también el rey a Sadoc, sacerdote: ¿No eres tú el vidente? Vuelve en paz a la ciudad, y contigo tus dos hijos: Ahimaas tu hijo, y Jonatán hijo de Abiatar.
28 He aquí, yo estaré en la llanura del desierto, hasta que venga respuesta vuestra para darme aviso.
29 Entonces Sadoc y Abiatar volvieron el arca de Dios a Jerusalén, y se quedaron allí.
30 Y subió David la cuesta del monte de los Olivos, y subía llorando, pues tenía la cabeza cubierta, y los pies

descalzos; y todo el pueblo que con él estaba, cada uno se cubrió la cabeza, y subieron llorando.
31 Y alguien informó a David: «Ahitofel está entre los conspiradores de Absalón». Y David dijo: «Oh Señor, te ruego que conviertas en locura el plan de Ahitofel».
32 Y aconteció que cuando David llegó a la cumbre del monte para adorar a Dios, he aquí Husai arquita salió a recibirle, con su túnica rota y tierra sobre su cabeza.
33 A quien David dijo: Si pasas conmigo, serás una carga para mí;
34 Pero si volvieres a la ciudad, y dijeres a Absalón: Oh rey, yo seré tu siervo; como hasta aquí he sido siervo de tu padre, así seré ahora tu siervo; entonces podrás frustrar por mí el consejo de Ahitofel.
35 ¿No tienes allí contigo a Sadoc y a Abiatar los sacerdotes? Será, pues, que todo lo que oigas de la casa del rey, lo harás saber a Sadoc y a Abiatar los sacerdotes.
36 He aquí, allí tienen consigo a sus dos hijos, Ahimaas hijo de Sadoc, y Jonatán hijo de Abiatar; y por medio de ellos me enviaréis todo lo que oigáis.
37 Y Husai amigo de David entró en la ciudad, y Absalón entró en Jerusalén.

CAPÍTULO 16

1 Y aconteció que cuando David hubo pasado un poco la cumbre del collado, he aquí Siba, siervo de Mefiboset, venía a su encuentro, con un par de asnos enalbardados, y sobre ellos doscientos panes, cien manojos de pasas, cien frutos de verano y un odre de vino.
2 Y el rey le preguntó a Ziba: «¿Qué quieres decir con esto?». Y Ziba respondió: «Los asnos son para que la familia real monte; el pan y la fruta de verano para que coman los jóvenes; y el vino para que beban los que se cansen en el desierto».
3 Y el rey preguntó: «¿Y dónde está el hijo de tu señor?». Y Siba respondió al rey: «Mira, se encuentra en Jerusalén, pues dijo: «Hoy la casa de Israel me devolverá el reino de mi padre».
4 Entonces el rey dijo a Siba: «Mira, todo lo que pertenecía a Mefiboset es tuyo». Y Siba respondió: «Te ruego humildemente que halle gracia ante tus ojos, mi señor, oh rey».
5 Y cuando el rey David llegó a Bahurim, he aquí que de allí salía un hombre de la familia de la casa de Saúl, el cual se llamaba Simei hijo de Gera; y saliendo, maldecía siempre mientras salía.
6 Y arrojó piedras contra David, y contra todos los siervos del rey David, y todo el pueblo y todos los valientes estaban a su derecha y a su izquierda.
7 Así dijo Simei cuando maldijo: Sal, sal, hombre sanguinario, y hombre perverso.
8 Jehová ha hecho volver sobre ti toda la sangre de la casa de Saúl, en cuyo lugar reinaste; pues Jehová ha entregado el reino en mano de Absalón tu hijo; y he aquí, tú has sido tomado en tu pecado, porque eres hombre sanguinario.
9 Entonces Abisai hijo de Sarvia dijo al rey: ¿Por qué ha de maldecir este perro muerto a mi señor el rey? Te ruego que me dejes ir y le corte la cabeza.
10 Y el rey dijo: «¿Qué tengo yo que ver con vosotros, hijos de Sarvia? Que maldiga, pues el SEÑOR le ha dicho: «Maldice a David». ¿Quién, pues, le preguntará: «¿Por qué has hecho esto?»?
11 Entonces David dijo a Abisai y a todos sus siervos: «Miren, mi hijo, que salió de mis entrañas, busca mi vida; ¿cuánto más ahora este benjamita? ¡Dejadlo, y que maldiga, porque el SEÑOR se lo ha ordenado!»
12 Quizá mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien por su maldición de hoy.
13 Y mientras David y sus hombres iban por el camino, Simei iba por el lado del monte frente a él, y maldecía mientras iba, y le arrojaba piedras y polvo.
14 Y el rey y todo el pueblo que con él estaba llegaron cansados, y descansaron allí.
15 Y vino Absalón, y todo el pueblo, los varones de Israel, a Jerusalén, y con él Ahitofel.
16 Y aconteció que cuando Husai arquita, amigo de David, vino a Absalón, Husai dijo a Absalón: ¡Viva el rey, viva el rey!
17 Y Absalón dijo a Husai: ¿Es esta tu misericordia para con tu amigo? ¿Por qué no fuiste con tu amigo?
18 Y Husai respondió a Absalón: No; sino al que Jehová y este pueblo y todos los varones de Israel escogiere, de él seré yo, y con él estaré.
19 Y además, ¿a quién serviré? ¿No serviré en presencia de su hijo? Como he servido en presencia de tu padre, así seré en tu presencia.
20 Entonces Absalón dijo a Ahitofel: Deliberad entre vosotros lo que hemos de hacer.
21 Y Ahitofel dijo a Absalón: Entra a las concubinas de tu padre, las cuales él dejó para guardar la casa; así oirá todo Israel que eres aborrecido por tu padre; entonces se fortalecerán las manos de todos los que están contigo.
22 Y pusieron para Absalón una tienda sobre el terrado, y entró Absalón a las concubinas de su padre ante los ojos de todo Israel.
23 Y el consejo que Ahitofel daba en aquellos días era como si uno consultara la palabra de Dios; así era todo el consejo de Ahitofel con David y con Absalón.

CAPÍTULO 17

1 Entonces Ahitofel dijo a Absalón: Yo escogeré doce mil hombres, y me levantaré y seguiré a David esta noche.
2 Y yo lo alcanzaré cuando esté cansado y débil de manos, y lo sembraré de temor, y huirá todo el pueblo que está con él; y sólo al rey heriré.
3 Y yo haré volver a ti todo el pueblo; y será como si hubiese vuelto todo el hombre que tú buscas, y todo el pueblo estará en paz.
4 Y esto agradó a Absalón y a todos los ancianos de Israel.
5 Entonces dijo Absalón: Llama ahora también a Husai arquita, y oigamos también lo que él dice.
6 Y cuando Husai llegó a Absalón, Absalón le habló, diciendo: Así ha dicho Ahitofel; ¿haremos conforme a sus palabras? Si no, habla tú.
7 Y Husai dijo a Absalón: El consejo que ha dado Ahitofel no es bueno esta vez.
8Porque, dijo Husai, tú sabes que tu padre y sus hombres son hombres valientes, y que están irritados en su ánimo, como una osa privada de sus cachorros en el campo; y tu padre es hombre de guerra, y no quiere morar con el pueblo.

9 He aquí que ahora está escondido en alguna cisterna, o en algún otro lugar; y acontecerá que cuando algunos de ellos sean derribados al principio, cualquiera que lo oiga, dirá: Hay matanza en el pueblo que sigue a Absalón.
10 Y también el valiente, cuyo corazón como corazón de león, derretirá completamente; porque todo Israel sabe que tu padre es hombre valiente, y que los que están con él son hombres valientes.
11 Por tanto, yo aconsejo que todo Israel se reúna a ti, desde Dan hasta Beerseba, en multitud como la arena que está a la orilla del mar, y que tú mismo vayas a la batalla.
12 Y lo hallaremos en cualquier lugar donde se halle, y caeremos sobre él como el rocío sobre la tierra; y de él, y de todos los hombres que con él están, no quedará ni uno.
13Y si fuere hallado en alguna ciudad, todo Israel traerá sogas a aquella ciudad, y la arrastraremos hasta el río, hasta que no se halle allí ni una piedra pequeña.
14 Absalón y todos los hombres de Israel dijeron: «El consejo de Husai el arquita es mejor que el de Ahitofel. Porque el Señor había dispuesto que el buen consejo de Ahitofel se frustrara, para que el Señor hiciera venir el mal sobre Absalón».
15 Entonces Husai dijo a Sadoc y a Abiatar los sacerdotes: Así y así aconsejó Ahitofel a Absalón y a los ancianos de Israel; y así y así he aconsejado yo.
16 Ahora pues, envía pronto y avisa a David, diciendo: No pases la noche esta noche en los campos del desierto, sino pasa pronto, no sea que perezcan el rey y todo el pueblo que con él está.
17 Jonatán y Ahimaas se quedaron cerca de Enrogel, porque no se les veía entrar en la ciudad; y una criada fue y les hizo saber; y ellos fueron y lo hicieron saber al rey David.
18 Pero un muchacho los vio, y lo hizo saber a Absalón; pero ellos dos se dieron prisa, y llegaron a casa de un hombre en Bahurim, que tenía un pozo en su patio, adonde descendieron.
19 Y la mujer tomó y extendió una manta sobre la boca del pozo, y echó sobre ella grano molido; y el asunto no se supo.
20 Y cuando los siervos de Absalón llegaron a la casa de la mujer, preguntaron: «¿Dónde están Ahimaas y Jonatán?». La mujer les respondió: «Han cruzado el arroyo». Y al no encontrarlos, regresaron a Jerusalén.
21 Y aconteció que después que ellos partieron, subieron del pozo, y fueron y dieron aviso al rey David, y le dijeron: Levántate y pasa pronto las aguas, porque así ha aconsejado Ahitofel contra vosotros.
22 Entonces se levantó David, y todo el pueblo que con él estaba, y pasaron el Jordán; al amanecer no faltó ninguno de ellos que no hubiese pasado el Jordán.
23 Y viendo Ahitofel que su consejo no se había seguido, enalbardó su asno, y se levantó, y volvió a su casa, a su ciudad, y ordenó su casa, y se ahorcó, y murió, y fue sepultado en el sepulcro de su padre.
24 Entonces David llegó a Mahanaim. Y Absalón cruzó el Jordán, él y todos los hombres de Israel con él.
25 Y Absalón puso a Amasa por general del ejército en lugar de Joab; y Amasa era hijo de un varón llamado Itra, israelita, el cual se llegó a Abigail hija de Nahas, hermana de Sarvia madre de Joab.
26 Entonces Israel y Absalón acamparon en la tierra de Galaad.
27 Y aconteció que cuando David llegó a Mahanaim, Sobi hijo de Nahas, de Rabá de los hijos de Amón, y Maquir hijo de Amiel, de Lodebar, y Barzilai galaadita, de Rogelim,
28 Trajeron camas, lebrillos, vasijas de barro, trigo, cebada, harina, grano tostado, habas, lentejas y legumbres tostadas,
29 y miel, mantequilla, ovejas y queso de vacas, para David y para el pueblo que con él estaba, para que comiesen; porque decían: El pueblo está hambriento y cansado y sediento en el desierto.

CAPÍTULO 18

1Y David pasó revista al pueblo que estaba con él, y puso sobre ellos jefes de millares y de centenas.
2 David envió una tercera parte del pueblo bajo el mando de Joab, otra tercera parte bajo el mando de Abisai, hijo de Zeruía, hermano de Joab, y otra tercera parte bajo el mando de Itai geteo. Y el rey dijo al pueblo: «Yo también iré con vosotros».
3 Pero el pueblo respondió: No saldrás; porque si huyéremos, no harán caso de nosotros; ni si muriere la mitad de nosotros, harán caso de nosotros; pero ahora tú vales por diez mil de nosotros; ahora pues, es mejor que nos socorras desde la ciudad.
4 Y el rey les dijo: «Haré lo que mejor les parezca». Y el rey se quedó a la puerta, y todo el pueblo salió por cientos y por miles.
5 El rey ordenó a Joab, a Abisai y a Itai: «Traten con benevolencia por mi causa al joven Absalón». Y todo el pueblo oyó cuando el rey dio instrucciones a todos los capitanes acerca de Absalón.
6 Entonces el pueblo salió al campo contra Israel, y la batalla fue en el bosque de Efraín;
7 Allí el pueblo de Israel fue muerto delante de los siervos de David, y hubo allí aquel día una gran matanza de veinte mil hombres.
8 Y la batalla se extendió allí sobre la faz de toda la tierra, y más gente devoró aquel día la leña que la espada.
9 Absalón se encontró con los siervos de David. Absalón iba montado en una mula, y la mula se metió bajo las ramas espesas de una gran encina, y su cabeza se enganchó en la encina, y él fue llevado entre el cielo y la tierra; y la mula que estaba debajo de él se fue.
10 Y viéndolo un hombre, lo hizo saber a Joab, diciendo: He aquí, yo he visto a Absalón colgado en una encina.
11 Y Joab respondió al hombre que le dio las nuevas: He aquí que lo viste, ¿por qué no lo derribaste allí a tierra? Yo te habría dado diez siclos de plata y un cinto.
12 Y el hombre respondió a Joab: Aunque yo tuviese en mi mano mil siclos de plata, no extendería mi mano contra el hijo del rey; porque nosotros lo oímos; el rey te ha mandado a ti, a Abisai y a Itai, diciendo: Mirad que nadie toque al joven Absalón.
13 De otra manera, yo habría obrado con mentira contra mi propia vida, pues ningún asunto hay oculto al rey, y tú mismo te habrías puesto contra mí.
14 Entonces Joab dijo: «No puedo quedarme así contigo». Y tomó tres dardos en su mano y los clavó en el corazón de

Absalón, mientras este aún estaba vivo en medio de la encina.
15 Y diez jóvenes que llevaban la armadura de Joab rodearon a Absalón, e hirieron a Absalón, y lo mataron.
16 Entonces Joab tocó la trompeta, y el pueblo se volvió de perseguir a Israel; porque Joab detuvo al pueblo.
17 Y tomaron a Absalón, y le echaron en un gran hoyo en el bosque, y pusieron sobre él un muy grande montón de piedras; y todo Israel huyó cada uno a sus tiendas.
18 Y Absalón en su vida había tomado y levantado para sí una columna, la cual está en el valle del rey, porque dijo: No tengo hijo que conserve la memoria de mi nombre. Y llamó aquella columna de su nombre, y se llamó hasta hoy, el Lugar de Absalón.
19 Entonces dijo Ahimaas hijo de Sadoc: Correré ahora y daré las nuevas al rey de cómo Jehová le ha vengado de sus enemigos.
20 Y Joab le respondió: No darás nuevas hoy, pero otro día darás nuevas; pero hoy no darás nuevas, porque el hijo del rey ha muerto.
21 Entonces Joab dijo a Cusi: «Ve y dile al rey lo que has visto». Cusi se inclinó ante Joab y huyó.
22 Entonces Ahimaas, hijo de Sadoc, volvió a decir a Joab: «Pero, te ruego, déjame correr también tras Cusi». Y Joab respondió: «¿Por qué corres, hijo mío, si no tienes noticias preparadas?».
23 Pero, como sea, dijo: «Déjame correr». Y él le respondió: «Corre». Entonces Ahimaas corrió por el camino de la llanura y atropelló a Cusi.
24 Y David estaba sentado entre las dos puertas; y la atalaya subió al terrado de encima de la puerta en el muro, y alzando sus ojos miró, y vio a un hombre que corría solo.
25 Y el atalaya gritó y avisó al rey. Y el rey respondió: «Si está solo, tiene noticias en su boca». Y se acercó a paso rápido.
26 Y el atalaya vio a otro hombre corriendo, y llamó al portero y dijo: «Mira, otro hombre corre solo». Y el rey respondió: «Él también trae noticias».
27 Y el atalaya dijo: «Me parece que la carrera del primero es como la carrera de Ahimaas, hijo de Sadoc». Y el rey dijo: «Es un buen hombre y trae buenas noticias».
28 Ahimaas clamó y dijo al rey: «Todo está bien». Y se postró en tierra sobre su rostro ante el rey, y exclamó: «Bendito sea el Señor tu Dios, que ha entregado a los hombres que se rebelaron contra mi señor el rey».
29 Y el rey preguntó: «¿Está bien el joven Absalón?». Y Ahimaas respondió: «Cuando Joab envió al siervo del rey y a mí, tu siervo, vi un gran alboroto, pero no supe qué era».
30 Y el rey le dijo: «Apártate y quédate aquí». Y él se apartó y se detuvo.
31 Y he aquí que Cusi vino, y dijo: Noticias, mi señor el rey, que Jehová te ha vengado hoy de todos los que se levantaron contra ti.
32 Y el rey preguntó a Cusi: «¿Está bien el joven Absalón?». Y Cusi respondió: «Los enemigos de mi señor el rey, y todos los que se levantan contra ti para hacerte daño, sean como ese joven».
33 Y el rey se conmovió mucho, y subió a la cámara de sobre la puerta, y lloró; y mientras iba, decía así: ¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera que muriera por ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!

CAPÍTULO 19

1 Y fue dado aviso a Joab: He aquí que el rey llora y hace duelo por Absalón.
2 Y aquel día la victoria se convirtió en llanto para todo el pueblo, porque el pueblo oyó decir aquel día cómo el rey estaba triste por su hijo.
3 Y aquel día el pueblo entró a escondidas en la ciudad, como suele entrar a escondidas quien avergonzado huye de la batalla.
4 Entonces el rey se cubrió el rostro, y clamó a gran voz: ¡Hijo mío Absalón, Absalón, hijo mío, hijo mío!
5 Y entró Joab en la casa del rey, y dijo: Has avergonzado hoy el rostro de todos tus siervos, los cuales hoy te han salvado la vida, y la vida de tus hijos y de tus hijas, la vida de tus mujeres y la vida de tus concubinas;
6 Porque amas a tus enemigos y odias a tus amigos. Pues hoy has declarado que no te importan ni los príncipes ni los siervos; pues hoy comprendo que si Absalón hubiera vivido, y todos hubiéramos muerto hoy, te habría agradado.
7 Ahora pues, levántate y sal, y habla al corazón de tus siervos; porque juro por Jehová que si no sales, no quedará contigo ni quien pase la noche; y esto te será peor que todo el mal que te ha sobrevenido desde tu juventud hasta ahora.
8 Entonces el rey se levantó y se sentó a la puerta. Y dieron aviso a todo el pueblo, diciendo: «¡Mirad, el rey está sentado a la puerta!». Y todo el pueblo acudió ante el rey, pues Israel había huido cada uno a su tienda.
9 Y todo el pueblo estaba en contienda con todas las tribus de Israel, diciendo: El rey nos ha librado de mano de nuestros enemigos, y nos ha librado de mano de los filisteos; y ahora él ha huido de la tierra por causa de Absalón.
10 Y Absalón, a quien ungimos como nuestro jefe, ha muerto en batalla. Ahora bien, ¿por qué no dicen ni una palabra para que el rey regrese?
11 El rey David envió un mensaje a los sacerdotes Sadoc y Abiatar: «Hablad a los ancianos de Judá y decidles: ¿Por qué sois vosotros los últimos en hacer volver al rey a su casa, ya que la palabra de todo Israel ha llegado al rey, a su casa?»
12 Vosotros sois mis hermanos, mis huesos y mi carne sois; ¿por qué, pues, seréis vosotros los postreros en hacer volver al rey?
13 Y decid a Amasa: «¿No eres de mi hueso y de mi carne? Así me haga Dios, y aun más, si no eres capitán del ejército delante de mí continuamente en lugar de Joab».
14 E inclinó el corazón de todos los hombres de Judá como el corazón de un solo hombre, y enviaron este mensaje al rey: Vuelve tú y todos tus siervos.
15 Entonces el rey regresó y llegó al Jordán. Y Judá llegó a Gilgal para ir al encuentro del rey y guiarlo al otro lado del Jordán.
16 Y Simei hijo de Gera, hijo de Benjamín, que era de Bahurim, se dio prisa y descendió con los hombres de Judá a recibir al rey David.
17 Y había con él mil hombres de Benjamín, y Siba siervo de la casa de Saúl, y sus quince hijos, y sus veinte siervos con él; los cuales pasaron el Jordán delante del rey.
18 Y se hizo un barquito para transportar la casa del rey y para hacer lo que a él le parecía bien. Y Simei, hijo de Gera, se postró delante del rey cuando él había cruzado el Jordán.

19 Y dijo al rey: No me impute mi señor iniquidad, ni te acuerdes del mal que tu siervo hizo el día que mi señor el rey salió de Jerusalén, para que el rey lo tomara en su corazón.
20 Porque tu siervo sabe que he pecado; por eso, he aquí yo soy el primero de toda la casa de José que viene hoy a descender a recibir a mi señor el rey.
21Entonces Abisai hijo de Sarvia respondió y dijo: ¿No ha de morir por esto Simei, que maldijo al ungido de Jehová?
22 Y David dijo: ¿Qué tengo yo que ver con vosotros, hijos de Sarvia, para que seáis hoy mis adversarios? ¿Ha de morir hoy alguno en Israel? ¿Acaso no sé yo que hoy soy rey sobre Israel?
23 Entonces el rey le dijo a Simei: «No morirás». Y el rey se lo juró.
24 Y Mefiboset hijo de Saúl descendió a recibir al rey, y no había cepillado sus pies, ni cortado su barba, ni lavado sus vestidos, desde el día que el rey salió hasta el día que volvió en paz.
25 Y aconteció que cuando él vino a Jerusalén para recibir al rey, el rey le dijo: ¿Por qué no fuiste conmigo, Mefiboset?
26 Y él respondió: Rey señor mío, mi siervo me engañó, porque tu siervo dijo: Me enalbardaré un asno para montar en él, e ir al rey, porque tu siervo es cojo.
27 Y él ha calumniado a tu siervo delante de mi señor el rey, pero mi señor el rey es como un ángel de Dios; haz, pues, lo que bien te parezca.
28 Porque toda la casa de mi padre no era más que un muerto ante mi señor el rey; sin embargo, pusiste a tu siervo entre los que comían a tu mesa. ¿Qué derecho tengo, pues, a clamar más al rey?
29 Y el rey le dijo: ¿Por qué sigues hablando de tus asuntos? He dicho que tú y Siba se repartan la tierra.
30 Y Mefiboset respondió al rey: Que lo tome todo, pues mi señor el rey ha vuelto en paz a su casa.
31 Y Barzilai galaadita descendió de Rogelim, y pasó el Jordán con el rey, para hacerle pasar el Jordán.
32 Y era Barzilai hombre muy anciano, de ochenta años, el cual había provisto de sustento al rey cuando estaba en Mahanaim; porque era hombre muy grande.
33 Y el rey dijo a Barzilai: Pasa tú conmigo, y yo te alimentaré conmigo en Jerusalén.
34 Y Barzilai respondió al rey: ¿Cuántos años me quedan de vida para subir con el rey a Jerusalén?
35 Hoy tengo ochenta años. ¿Acaso puedo discernir entre el bien y el mal? ¿Puede tu siervo saborear lo que como o bebo? ¿Acaso puedo oír ya la voz de los cantores? ¿Por qué, entonces, ha de ser tu siervo una carga para mi señor el rey?
36 Tu siervo pasará un poco del Jordán con el rey; ¿por qué, pues, ha de darme el rey tan gran recompensa?
37 Te ruego que permitas que tu siervo regrese para que muera en mi ciudad y sea sepultado junto a la tumba de mi padre y de mi madre. Pero mira, tu siervo Quimam; que vaya con mi señor el rey, y haz con él lo que mejor te parezca.
38 Y el rey respondió: Quimam pasará conmigo, y yo haré con él lo que bien te pareciere; y todo lo que me pidieses, yo lo haré.
39 Y todo el pueblo cruzó el Jordán. Y cuando el rey hubo pasado, besó a Barzilai y lo bendijo; y él regresó a su lugar.
40 Después el rey pasó a Gilgal, y con él pasó Quimam; y todo el pueblo de Judá y también la mitad del pueblo de Israel acompañaron al rey.
41 Y he aquí que todos los hombres de Israel vinieron al rey, y le dijeron: ¿Por qué nuestros hermanos los hombres de Judá te han hurtado, y han hecho pasar al rey y a su casa, y a todos los hombres de David con él, el Jordán?
42 Y todos los varones de Judá respondieron a los varones de Israel: Porque el rey es pariente cercano nuestro; ¿por qué, pues, os enojáis por esto? ¿Acaso hemos comido de todo lo que el rey nos ha dado? ¿O nos ha dado él algún don?
43 Y los hombres de Israel respondieron a los hombres de Judá, diciendo: «Tenemos diez partes en el rey, y también tenemos más derecho en David que vosotros. ¿Por qué, pues, nos despreciasteis, para que no se nos diera prioridad en el regreso de nuestro rey?». Y las palabras de los hombres de Judá fueron más feroces que las de los hombres de Israel.

CAPÍTULO 20

1 Y aconteció que estaba allí un hombre perverso, que se llamaba Seba hijo de Bicri, hijo de Benjamín, el cual tocó la trompeta, y dijo: No tenemos parte en David, ni herencia en el hijo de Isaí; Israel, volved cada uno a vuestras tiendas.
2 Así que todo hombre de Israel se apartó de David, y siguió a Seba hijo de Bicri; mas los de Judá se adhirieron a su rey desde el Jordán hasta Jerusalén.
3 David llegó a su casa en Jerusalén, y el rey tomó a las diez mujeres, sus concubinas, que había dejado al cuidado de la casa, y las puso bajo custodia y las alimentó, pero no se unió a ellas. Así que estuvieron encerradas hasta el día de su muerte, viviendo en viudez.
4 Entonces el rey dijo a Amasa: Reúneme los hombres de Judá dentro de tres días, y preséntate aquí.
5 Fue, pues, Amasa a reunir a los hombres de Judá; pero se detuvo más del tiempo que le había sido señalado.
6Y David dijo a Abisai: Ahora nos hará Seba hijo de Bicri más daño que Absalón; toma tú los siervos de tu señor, y síguelo, no sea que halle para sí ciudades fortificadas, y se nos escape.
7 Y tras él salieron los hombres de Joab, y los cereteos, y los peleteos, y todos los valientes, y salieron de Jerusalén para perseguir a Seba hijo de Bicri.
8 Cuando llegaron a la gran piedra de Gabaón, Amasa iba delante de ellos. Joab llevaba ceñida la ropa que llevaba puesta, y encima un cinto con una espada en su vaina, ceñida a sus lomos; y al avanzar, se le cayó.
9 Joab le dijo a Amasa: «¿Estás bien, hermano mío?». Y Joab tomó a Amasa por la barba con la mano derecha para besarlo.
10 Pero Amasa no se preocupó por la espada que Joab tenía en la mano, así que lo hirió con ella en la quinta costilla, derramó sus entrañas por tierra y no volvió a herirlo; murió. Joab y su hermano Abisai persiguieron a Seba, hijo de Bicri.
11 Y uno de los hombres de Joab se puso junto a él, y dijo: El que está a favor de Joab y el que está a favor de David, siga a Joab.
12 Amasa se revolcaba en sangre en medio del camino. Y cuando el hombre vio que todo el pueblo estaba parado,

apartó a Amasa del camino y lo llevó al campo, y le echó un paño encima, al ver que todos los que pasaban junto a él se paraban.
13 Y cuando él se apartó del camino, todo el pueblo pasó en pos de Joab, para perseguir a Seba hijo de Bicri.
14 Y pasó por todas las tribus de Israel hasta Abel, y hasta Bet-maaca, y todo Bereo; y ellos se juntaron, y también fueron en pos de él.
15 Y vinieron y lo sitiaron en Abel-bet-maaca, y levantaron terraplén contra la ciudad, la cual quedó sobre la fosa; y todo el pueblo que estaba con Joab aporreó la muralla para derribarla.
16 Entonces una mujer sabia gritó desde la ciudad: ¡Oíd, oíd! Di ahora a Joab: Acércate acá, y hablaré contigo.
17 Y cuando él se acercó a ella, la mujer le preguntó: «¿Eres Joab?». Y él respondió: «Soy yo». Entonces ella le dijo: «Escucha las palabras de tu sierva». Y él respondió: «Te oigo».
18 Entonces ella habló, diciendo: Solían hablar antiguamente, diciendo: Sin duda consultarán a Abel. Y así acabaron el asunto.
19 Yo soy de los pacíficos y fieles en Israel. Tú procuras destruir una ciudad y una madre en Israel; ¿por qué destruyes la heredad de Jehová?
20 Y Joab respondió y dijo: Nunca tal tal me suceda que yo destruya ni destruya.
21 El asunto no es así, sino que un hombre del monte Efraín, llamado Seba, hijo de Bicri, ha alzado su mano contra el rey, contra David. Libéralo solo a él, y yo me iré de la ciudad. Y la mujer dijo a Joab: «Mira, su cabeza te será arrojada por encima del muro».
22 Entonces la mujer se presentó ante todo el pueblo con su sabiduría. Y le cortaron la cabeza a Seba, hijo de Bicri, y se la arrojaron a Joab. Él tocó la trompeta, y todos se retiraron de la ciudad, cada uno a su tienda. Y Joab regresó a Jerusalén, al rey.
23 Joab estaba sobre todo el ejército de Israel, y Benaía hijo de Joiada estaba sobre los cereteos y sobre los peleteos.
24 Y Adoram estaba sobre los tributos, y Josafat hijo de Ahilud era cronista.
25 Y Seva era escriba, y Sadoc y Abiatar eran sacerdotes;
26 También Ira el jairita fue príncipe alrededor de David.

CAPÍTULO 21

1 Hubo hambre durante tres años consecutivos en los días de David, y David consultó al Señor. Y el Señor le respondió: «Es por causa de Saúl y de su casa sangrienta, por haber matado a los gabaonitas».
2 Entonces el rey llamó a los gabaonitas, y les dijo: (Los gabaonitas no eran de los hijos de Israel, sino del remanente de los amorreos, a los cuales los hijos de Israel se habían jurado; pero Saúl procuró matarlos en su celo por los hijos de Israel y de Judá.)
3 Entonces David dijo a los gabaonitas: ¿Qué haré por vosotros, y cómo haré la expiación, para que bendigáis la heredad de Jehová?
4 Y los gabaonitas le dijeron: «No queremos plata ni oro de Saúl ni de su casa; ni por nosotros matarás a ningún hombre de Israel». Y él respondió: «Lo que digáis, eso haré por vosotros».
5 Y ellos respondieron al rey: El hombre que nos destruyó, y que tramó contra nosotros destruirnos para que no quedáramos en todo el territorio de Israel,
6 Que nos entreguen siete hombres de sus hijos, y los colgaremos en honor del Señor en Guibeá de Saúl, a quien el Señor escogió. Y el rey respondió: «Los entregaré».
7 Pero el rey perdonó a Mefiboset hijo de Jonatán hijo de Saúl, a causa del juramento de Jehová que había entre ellos, entre David y Jonatán hijo de Saúl.
8 Pero el rey tomó los dos hijos que Rizpa hija de Aja, la cual ella había dado a luz a Saúl, Armoni y Mefiboset, y los cinco hijos de Mical hija de Saúl, la cual ella había criado para Adriel hijo de Barzilai meholatita;
9 Y los entregó en manos de los gabaonitas, los cuales los colgaron en el monte delante de Jehová; y cayeron todos los siete a una, y los mataron en los días de la siega, en los primeros días, al principio de la siega de la cebada.
10 Y Rizpa hija de Aja tomó cilicio, y lo tendió sobre una peña, desde el principio de la siega hasta que derramó sobre ellos aguas del cielo; y no dejó que aves del cielo se posasen sobre ellos de día, ni bestias del campo de noche.
11 Y fue dicho a David lo que había hecho Rizpa hija de Aja, concubina de Saúl.
12 Y David fue y tomó los huesos de Saúl y los huesos de Jonatán su hijo de los hombres de Jabes de Galaad, que los habían hurtado de la plaza de Bet-sán, donde los filisteos los habían colgado, cuando los filisteos mataron a Saúl en Gilboa;
13 E hizo traer de allí los huesos de Saúl y los huesos de Jonatán su hijo, y recogieron los huesos de los que habían sido colgados.
14 Y enterraron los huesos de Saúl y de su hijo Jonatán en la tierra de Benjamín, en Zela, en el sepulcro de su padre Cis; y cumplieron todo lo que el rey ordenó. Después de eso, Dios fue intercedido por la tierra.
15 Y los filisteos volvieron a hacer guerra contra Israel, y descendió David, y con él sus siervos, y peleó contra los filisteos; y David se desmayaba.
16 E Isbibenob, uno de los hijos de los gigantes, cuya lanza pesaba trescientos siclos de bronce, y que estaba ceñido con una espada nueva, pensó que había matado a David.
17 Pero Abisai, hijo de Sarvia, lo socorrió e hirió al filisteo, matándolo. Entonces los hombres de David le juraron: «No volverás a salir con nosotros a la batalla, para que no apagues la luz de Israel».
18 Aconteció después de esto, que hubo otra batalla contra los filisteos en Gob; y Sibecai husatita mató a Saf, uno de los hijos de los gigantes.
19 Y hubo otra batalla en Gob contra los filisteos, donde Elhanán hijo de Jaare-oregim, de Belén, mató al hermano de Goliat geteo, el asta de cuya lanza era como un rodillo de telar.
20 Y hubo otra batalla en Gat, donde había un hombre de gran estatura, que tenía en cada mano seis dedos, y en cada pie seis dedos, veinticuatro en número; y él también era hijo del gigante.
21 Y cuando él desafió a Israel, Jonatán hijo de Simea, hermano de David, lo mató.
22 Estos cuatro nacieron del gigante en Gat, los cuales cayeron por mano de David, y por mano de sus siervos.

CAPÍTULO 22

1Y habló David a Jehová las palabras de este cántico el día que Jehová le libró de mano de todos sus enemigos, y de la mano de Saúl:
2 Y él dijo: Jehová es mi roca y mi castillo, y mi libertador;
3 Dios de mi roca, en él confiaré; Él es mi escudo, y la fortaleza de mi salvación, Mi refugio, mi refugio, Mi salvador; Tú me libras de violencia.
4 Invocaré a Jehová, quien es digno de ser alabado, Y seré salvo de mis enemigos.
5 Cuando me rodearon las ondas de la muerte, los torrentes de hombres impíos me aterrorizaron;
6 Me rodearon las tristezas del Seol, Y los lazos de la muerte me estorbaron;
7 En mi angustia invoqué a Jehová, y clamé a mi Dios; y él oyó mi voz desde su templo, y mi clamor llegó a sus oídos.
8 Entonces la tierra se estremeció y se estremeció, y los cimientos de los cielos se estremecieron y se tambalearon, porque él se indignó.
9 Subió humo de su nariz, y de su boca fuego consumidor; carbones encendidos en él.
10 E inclinó los cielos, y descendió, y había tinieblas debajo de sus pies.
11 Y cabalgó sobre un querubín, y voló; y apareció sobre las alas del viento.
12 E hizo tinieblas por todas partes alrededor de sí, oscuridad de aguas, y nubes de los cielos.
13 Por el resplandor que había delante de él se encendieron carbones encendidos.
14 El SEÑOR tronó desde los cielos, y el Altísimo dio su voz.
15 Y lanzó saetas, y los dispersó, relámpagos, y los desbarató.
16 Y aparecieron los cauces del mar, y quedaron descubiertos los fundamentos del mundo, a la reprensión de Jehová, al soplo del aliento de su nariz.
17 Envió desde lo alto, y me tomó; Me sacó de las muchas aguas;
18 Me libró de mi poderoso enemigo, Y de los que me aborrecían, Porque eran más fuertes que yo.
19 Me previnieron en el día de mi quebrantamiento, Mas Jehová fue mi apoyo.
20 Me sacó también a lugar espacioso; Me libró, porque se agradó de mí.
21 Jehová me ha recompensado conforme a mi justicia; Me ha recompensado conforme a la limpieza de mis manos.
22 Porque yo he guardado los caminos de Jehová, Y no me he apartado impíamente de mi Dios.
23 Porque todos sus juicios estuvieron delante de mí, Y en cuanto a sus estatutos, no me aparté de ellos.
24 Yo también fui recto delante de él, Y me guardé de mi iniquidad.
25 Por tanto, me ha pagado Jehová conforme a mi justicia, Y conforme a mi limpieza delante de sus ojos.
26 Con el misericordioso te mostrarás misericordioso, y recto serás con el íntegro.
27 Limpio te mostrarás con el limpio, Y con el perverso te mostrarás desagradable.
28 Y salvarás al pueblo afligido, Mas tus ojos están sobre los altivos para abatirlos.
29 Porque tú eres mi lámpara, oh Jehová, Y Jehová alumbrará mis tinieblas.
30 Porque por tu mano correré contra el ejército, Y con mi Dios saltaré sobre el muro.
31 En cuanto a Dios, perfecto es su camino; acrisolada la palabra de Jehová; Escudo es a todos los que en él esperan.
32 Porque ¿quién es Dios sino solo Jehová? ¿Y quién es roca fuera de nuestro Dios?
33 Dios es mi fortaleza y mi fuerza, Y él hace perfecto mi camino.
34 El hace mis pies como de ciervas, Y me afirma sobre mis alturas.
35 Él adiestra mis manos para la guerra, De modo que con mis brazos se quiebra el arco de acero.
36 Me diste también el escudo de tu salvación, Y tu benignidad me ha engrandecido.
37 Ensanchaste mis pasos debajo de mí, Y mis pies no resbalaron.
38 Perseguí a mis enemigos, y los destruí, y no volví hasta acabarlos.
39 Y los consumí, y los herí, y no pudieron levantarse; cayeron también debajo de mis pies.
40 Porque me ceñiste de fuerzas para la batalla; sometiste a los que se levantaron contra mí debajo de mí.
41 Me entregaste también las cervices de mis enemigos, Para que yo destruyera a los que me aborrecen.
42 Miraron, y no hubo quien salvase; aun a Jehová, mas no les respondió.
43 Entonces los molí como polvo de la tierra, los pisoteé como lodo de la calle, y los esparcí fuera.
44 Me libraste también de las contiendas de mi pueblo, Me pusiste por cabeza de naciones; Pueblo que no conocía me sirvió.
45 Los extraños se someterán a mí; al oírme, me obedecerán.
46 Los extraños se dispersarán, Y temerán desde sus escondrijos.
47 Vive Jehová, bendita sea mi roca, y ensalzado sea el Dios de la roca de mi salvación.
48 Dios es el que me venga, y somete los pueblos debajo de mí,
49 Y me libraste de mis enemigos, Y me exaltaste sobre los que se levantaron contra mí; Me libraste del hombre violento.
50 Por tanto, yo te confesaré entre las naciones, oh Jehová, Y cantaré alabanzas a tu nombre.
51 Él es torre de salvación para su rey, Y hace misericordia a su ungido, A David, Y a su descendencia para siempre.

CAPÍTULO 23

1 Estas son las últimas palabras de David. David, hijo de Jesé, dijo, y el hombre exaltado, el ungido del Dios de Jacob, el dulce salmista de Israel, dijo:
2 El Espíritu de Jehová habló por medio de mí, Y su palabra estuvo en mi lengua.
3 Dijo el Dios de Israel, La Roca de Israel me habló: El que gobierna entre los hombres debe ser justo, Que gobierne en el temor de Dios.
4 Y será como la luz de la mañana, cuando sale el sol, una mañana sin nubes; como la hierba que brota de la tierra a la luz de la lluvia.

5 Aunque no sea así mi casa para con Dios, él sin embargo ha hecho conmigo un pacto eterno, ordenado en todas las cosas y fiel; porque esto es toda mi salvación y todo mi deseo, aunque él no lo haga crecer.
6 Pero los hijos de Belial serán todos ellos como espinos azotados, porque no se pueden tomar con las manos;
7 Pero el hombre que los toque será blindado con hierro y con asta de lanza, y serán quemados enteramente a fuego en el mismo lugar.
8 Estos son los nombres de los valientes que tuvo David: el tacmonita que se sentaba en la sede, principal entre los capitanes; este era Adino eznita; el cual alzó su lanza contra ochocientos, a los cuales mató de una vez.
9 Después de él, Eleazar hijo de Dodo ahohíta, uno de los tres valientes que estaban con David, cuando desafiaron a los filisteos que se habían reunido allí para la batalla, y los hombres de Israel se habían retirado.
10 Y él se levantó, e hirió a los filisteos hasta que su mano se cansó, y su mano se quedó pegada a la espada; y Jehová dio aquel día una gran victoria, y el pueblo volvió en pos de él solamente para despojarlo.
11 Después de él estaba Sama, hijo de Agee el ararita. Los filisteos se habían reunido en un grupo, donde había un terreno lleno de lentejas; y el pueblo huyó de los filisteos.
12 Pero él se puso en medio de la tierra, y la defendió, e hirió a los filisteos; y Jehová dio una gran victoria.
13 Y tres de los treinta principales descendieron, y vinieron a David en el tiempo de la siega, a la cueva de Adulam; y el grupo de los filisteos acampó en el valle de Refaim.
14 Y David estaba entonces en la fortaleza, y la guarnición de los filisteos estaba entonces en Belén.
15 Y David tuvo gran deseo, y dijo: ¡Quién me diera a beber del agua del pozo de Belén, que está junto a la puerta!
16 Y aquellos tres valientes irrumpieron en el campamento de los filisteos, y sacaron agua del pozo de Belén, que estaba junto a la puerta, y tomándola, la trajeron a David; mas él no la quiso beber, sino que la derramó para Jehová.
17 Y él dijo: «Lejos de mí, oh Señor, que yo haga esto. ¿No es esta la sangre de los hombres que fueron con peligro de sus vidas? Por eso no quiso beberla. Esto hicieron estos tres valientes».
18 Y Abisai, hermano de Joab, hijo de Sarvia, era el jefe de los tres. Alzó su lanza contra trescientos y los mató, y fue nombrado entre los tres.
19 ¿No era él el más distinguido de los tres? Por eso fue su capitán; aunque no alcanzó a los tres primeros.
20 Y Benaía hijo de Joiada, hijo de un hombre valiente, de Cabseel, el cual había hecho muchas hazañas, él mató a dos hombres moabitas como leones; él también descendió, y mató a un león en medio de un foso en tiempo de nieve.
21 Y él mató a un egipcio, hombre hermoso; y el egipcio tenía una lanza en su mano, pero él descendió a él con un palo, y arrebató la lanza de la mano del egipcio, y lo mató con su propia lanza.
22 Estas cosas hizo Benaía hijo de Joiada, y tuvo nombre entre tres valientes.
23 Era más distinguido que los treinta, pero no llegó a los tres primeros. Y David lo puso al frente de su guardia.
24 Asael, hermano de Joab, era uno de los treinta; Elhanán, hijo de Dodo, de Belén,
25 Samá el harodita, Elika el harodita,
26 Helez paltita, Ira hijo de Ikkesh tecoíta,
27 Abiezer anetotita, Mebunai husatita,
28 Salmón ahohita, Maharai netofatita,
29 Heleb hijo de Baana, netofatita, Itai hijo de Ribai, de Gabaa de los hijos de Benjamín,
30 Benaía piratonita, Hidai de los arroyos de Gaas,
31 Abialbón arbatita, Azmavet barhumita,
32 Eliaba saalbonita, de los hijos de Jasén, Jonatán,
33 Sama ararita, Ahiam hijo de Sarar ararita,
34 Elifelet hijo de Ahasbai, hijo del maacatita, Eliam hijo de Ahitofel gilonita,
35 Hezrai el carmelita, Paarai el arbita,
36 Igal hijo de Natán de Soba, Bani gadita,
37 Zelec amonita, Naharai beerotita, escudero de Joab hijo de Sarvia,
38 Ira el itrita, Gareb el itrita,
39 Urías el hitita: treinta y siete en total.

CAPÍTULO 24

1 De nuevo se encendió la ira de Jehová contra Israel, e incitó a David contra ellos a decir: Ve, haz un censo de Israel y de Judá.
2 Porque el rey dijo a Joab, general del ejército que estaba con él: Recorre ahora todas las tribus de Israel, desde Dan hasta Beerseba, y haz un censo del pueblo, para que yo sepa el número del pueblo.
3 Y Joab respondió al rey: Añada ahora Jehová tu Dios al pueblo según su número ciento por uno, y que lo vean los ojos de mi señor el rey. ¿Por qué se complace mi señor el rey en esto?
4 No obstante, la orden del rey prevaleció contra Joab y los capitanes del ejército. Joab y los capitanes del ejército salieron de la presencia del rey para hacer un censo del pueblo de Israel.
5 Y pasaron el Jordán, y acamparon en Aroer, a la derecha de la ciudad que está en medio del río de Gad, y hacia Jazer;
6 Después llegaron a Galaad, a la tierra de Tatim-hodsi, y llegaron a Danjaán, y cerca de Sidón,
7 Y llegaron a la fortaleza de Tiro, y a todas las ciudades de los heveos y de los cananeos, y salieron al sur de Judá, hasta Beerseba.
8 Y después de recorrer toda la tierra, llegaron a Jerusalén al cabo de nueve meses y veinte días.
9 Y Joab entregó el censo del pueblo al rey; y había en Israel ochocientos mil hombres valientes que sacaban espada, y los de Judá quinientos mil hombres.
10 Después de censar al pueblo, David sintió una profunda tristeza. Y David dijo al Señor: «He pecado gravemente por lo que he hecho; y ahora, te ruego, Señor, que perdones la iniquidad de tu siervo, pues he obrado con gran insensatez».
11 Y aconteció que cuando David se levantó por la mañana, vino palabra de Jehová al profeta Gad, vidente de David, diciendo:
12 Ve y di a David: Así dice Jehová: Tres cosas te propongo; escoge una de ellas, y yo la haré.
13 Gad vino a David y le informó, diciéndole: «¿Te van a venir siete años de hambre en tu tierra? ¿O vas a huir tres meses delante de tus enemigos mientras te persiguen? ¿O vas a tener tres días de peste en tu tierra? Consulta, y verás qué respuesta daré al que me envió.

14 Y David dijo a Gad: Estoy en gran angustia; caigamos
ahora en la mano de Jehová, porque sus misericordias son
muchas; y no caiga yo en manos de hombres.
15 Y Jehová envió pestilencia sobre Israel desde aquella
mañana hasta el tiempo señalado; y murieron del pueblo,
desde Dan hasta Beerseba, setenta mil hombres.
16 Y cuando el ángel extendió su mano sobre Jerusalén
para destruirla, el Señor se arrepintió del mal y le dijo al
ángel que destruyó al pueblo: «Basta; detén tu mano». Y el
ángel del Señor estaba junto a la era de Arauna el jebuseo.
17 Y David habló al Señor cuando vio al ángel que hería al
pueblo, y dijo: «He pecado y he obrado mal; pero estas
ovejas, ¿qué han hecho? Te ruego que tu mano sea contra
mí y contra la casa de mi padre».
18 Y vino Gad a David aquel día, y le dijo: Sube y erige un
altar a Jehová en la era de Arauna jebuseo.
19 Y David subió, conforme a la palabra de Gad, como el
SEÑOR le había mandado.
20 Y Arauna miró, y vio al rey y a sus siervos que venían
hacia él; y saliendo Arauna, se inclinó rostro en tierra
delante del rey.
21 Arauna preguntó: «¿Por qué viene mi señor el rey a
visitar a su siervo?». David respondió: «Para comprarte la
era y edificar un altar al Señor, para que cese la plaga del
pueblo».
22 Y Arauna dijo a David: Tome mi señor el rey y ofrezca
lo que bien le pareciere: he aquí bueyes para el holocausto,
y trillos, y otros instrumentos de bueyes para leña.
23 Arauna, como rey, entregó todas estas cosas al rey. Y
Arauna le dijo: «Que el Señor tu Dios te acepte».
24 Y el rey respondió a Arauna: «No; te lo compraré a
buen precio; no ofreceré holocaustos al Señor mi Dios que
no me cuesten nada». Así que David compró la era y los
bueyes por cincuenta siclos de plata.
25 David edificó allí un altar al Señor y ofreció holocaustos
y ofrendas de paz. Así el Señor intercedió por la tierra, y la
plaga cesó en Israel.